

EL HORROR QUE NOS ACECHA  
(*Strange Eons*, 1979)

Robert BLOCH

Los hombres llaman Ciencia a lo que  
conocen y Magia a lo que todavía no  
han aprendido. Pero ambas son reales.

Este libro está dedicado a  
LOVECRAFT  
que se consagró a otros extraños  
y les dio una llave de plata.

-  
El hombre, bajo y rechoncho, se encogió de hombros.

-Se lo dejo por quinientos.

-¿Quinientos dólares?

El rostro del comerciante permanecía inalterable.

-Mire el tamaño que tiene. Si lo limpiara bien y le pusiera un marco lujoso, como mínimo sacaría uno de los grandes.

-¿Por esto?

Keith se mostró en desacuerdo pero el comerciante no vaciló; su cara era la de un profesional del póquer, un hombre que durante años había practicado el mismo juego con los clientes.

-Seguramente el cuadro es bastante extraño, pero debería ver a algunos de los tipos que vienen por aquí. Todo lo que tengo que hacer es colocarlo en el escaparate y se abalanzarán sobre él -¡zas!- tal como le digo. Esos homosexuales que vienen de las galerías de arte de La Ciénaga están siempre merodeando en busca de algún objeto extravagante. Si lo vieran se volverían locos.

Keith no quitaba la vista del cuadro. Realmente era enloquecedor. La obra tenía fuerza. Era una obra maestra, superior a cualquiera de ese tema.

La pintura, sin embargo, sí parecía auténtica y el comerciante no había mentido sobre su edad. La capa de mugre y suciedad que cubría toda la superficie, desde luego habría necesitado décadas para acumularse. Y ahora, antes de pensar en enmarcarla y colgarla, debía dedicarse a la limpieza.

Existían líquidos y productos para ese cometido, pero Keith había aprendido por experiencia propia que

Pacientemente empezó a trabajar, usando un trapo de franela y frotando con cuidado.

Poco a poco aparecía una superficie nacarada y brillante, y la criatura inclinada emergía en un destacado relieve sobre un fondo de sombras. El color de la piel se convertía en una mezcla de pálidos ocres y verdes, y los ojos destelleaban con una intensidad nueva. Se descubrían detalles hasta el momento ocultos; unos diminutos ácaros negros adheridos a los velludos antebrazos, fragmentos de *husnea humana* en la superficie de la cabeza de la víctima y pequeños trozos de carne entre los devoradores colmillos.

-¡Dios mío!

Keith se volvió sobresaltado por el sonido de una voz estridente.

ado en ellas. Y el primer plano también destaca. Ya no está todo entre sombras, puedes ver la...

-  
-¡Waverly, mira esto! Hay una firma, aquí en la esquina, a la izquierda.

---

<sup>1</sup>*Pickman's Model.*

<sup>2</sup>*N. del T.:* Juego de palabras con el nombre de Lovecraft, que podría traducirse como *el arte de amar*.

Waverly miraba, negando con la cabeza.

-No lo veo. Malditas gafas... Desde la operación de cataratas no puedo soportar la luz del día. ¿Qué dice?

-Upton. Y una inicial. Creo que es una R.

Keith asintió.

-Sí, eso es. R. Upton.

Waverly silbó de nuevo con sorpresa y Keith se volvió hacia él rápidamente.

- dijo.

-*El Modelo de Pickman* -susurró Waverly-. En la historia el nombre completo del artista era Richard Upton Pickman.

Más tarde, mucho más tarde, los dos hombres tomaban café sentados en la cocina de Keith. Soplaba el viento batiendo los postigos de las ventanas. Pero ni Keith ni Waverly advertían el ruido. El silencio, cuando se está pensando, puede ser más molesto que cualquier ruido.

-No saquemos una conclusión precipitada dijo Keith-. Consideremos las distintas posibilidades.

-¿Qué posibilidades?

-Coincidencia, por ejemplo. Upton es un nombre corriente. Y no sabemos si la inicial significa Richard... Podría ser Roy, Roger, Raymond, Robert, Ralph o cualquier otro entre docenas de nombres. Todo lo que

-Estás olvidando una cosa - dijo Keith -. El nombre solo puede que no sea una prueba decisiva, pero ocurre que está escrito en una pintura, justamente la pintura que Lovecraft describió. Y esa coincidencia no puede ser casual.

-Entonces es una broma. Algún artista leyó la historia y quiso divertirse.

Waverly movió la cabeza.

-Entonces, ¿por qué no se ajustó al relato firmando «Richard Upton Pickman»?

-Has dado en el clavo -dijo Keith con el ceño fruncido-. Y piensa en ello, la pintura está hecha con demasiada destreza para haber sido realizada únicamente con la intención de bromear. Si no fuera por el tema que representa, se podría decir que está hecha con sumo cariño y sensibilidad.

-El tema que representa es extraordinario -dijo Waverly-. Es una obra maestra.

-Entonces sólo hay una respuesta. Es el homenaje de un artista, un sincero tributo inspirado en la historia de Lovecraft.

-Supón que fue al revés -observó Waverly hablando despacio y suavemente-. Supón que Lovecraft se inspiró en la pintura para escribir su novela.

Keith hizo una mueca.

-Estás dejando correr demasiado la imaginación. De todas formas no importa, porque nunca sabremos...

-No estés tan seguro -dijo Waverly tirándose de la barba pensativamente-. ¿Te algo de que el comerciante tenía otras cosas de ese lote que compró?

-Sí, pero no había más pinturas. Sólo algunas cajas de libros y cartas que aún no había examinado.

-Bueno, entonces quisiera examinarlas yo mismo.

Los ojos de Waverly destelleaban tras las gafas oscuras.

-Supón que esas cosas fueran propiedad del artista. Quizá encontremos una pista, algo que pueda darnos la respuesta. ¿Por qué no llamas a ese tipo y le preguntas si podemos revisar el material?

- dijo Keith poniendo la taza de café sobre la mesa-. Es medianoche pasada.

-Mañana, entonces -dijo Waverly levantándose-. Tengo que ir a Long Beach, pero estaré de vuelta antes de que anochezca. Podemos encontrarnos para cenar e ir a verlo después. Arregla una cita para mañana noche.

-Lo intentaré. Pero no creo que quiera tener abierto hasta tan tarde.

-Le pagaste quinientos dólares por un cuadro, ¿recuerdas?

Waverly esbozó una sonrisa bajo la barba.

-Estará esperándonos con los brazos abiertos.

Al día siguiente, por la tarde, el viento de Santa Ana todavía soplaba fuerte, golpeando el parabrisas del Volvo, mientras Keith conducía por la autopista en dirección a Alvarado.

A su lado iba Waverly mirando por la ventana. Cuando el coche giró en dirección al sur, advirtió que el viento había barrido de las calles a la gente que habitualmente paseaba por allí. Había pocas figuras en las aceras y, sorprendentemente, poco tráfico para esa hora de la noche. Las tiendas estaban cerradas, quedando South Alvarado oscuro y desierto.

Cuando el coche de Keith se detuvo frente a la tienda de Santiago, el lugar también se encontraba a oscuras.

-No veo que esté esperándonos con los brazos abiertos -

Waverly se encogió de hombros.

-Cuando hablaste con él, te dijo que estaría aquí a las nueve. Probablemente hay alguna avería eléctrica.

Los dos hombres bajaron del coche y fueron hasta la puerta, y la hallaron cerrada. Dentro del escaparate descansaba un gran cartel sobre el vidrio. Su mensaje era claramente visible: CERRADO - VISITENOS EN OTRA OCASION.

Keith frunció el ceño irritado.

-Bueno, se ha retrasado un poco -dijo Waverly-. Esperemos unos minutos.

En la calle había basura esparcida que se arremolinaba con el viento, bailando al ritmo de su gemido.

-No me gusta esto -dijo Keith-. Ha estado soplando durante tres días.

-Es normal en esta época del año.

La suave voz de Keith era tan inexpresiva como su rostro.

-Relájate.

-Me destroza los nervios.

Keith paseaba inquieto de arriba a abajo, ante la puerta de la tienda.

-Apenas me ha dejado dormir en toda la noche. Vivir allí arriba, en las montañas, es enervante. Cada vez que golpea el postigo de una ventana me da un sobresalto. Y no me puedo sacar de la cabeza esa pintura, esa forma en que mira la criatura y se inclina hacia delante, como si estuviera a punto de saltar del cuadro y agarrarme por la garganta.

-¿No fue esa la razón por la que la compraste? Creía que te gustaban ese tipo de cosas.

-Y me gustan. Pero esto es diferente. Hay algo que hace que parezca... real.

-Por Dios, Eliot, *era un retrato del natural*.

-¿Qué?

Waverly rió entre dientes.

-Solamente citaba la última línea de *El Modelo de Pickman*. Deberías leer la historia. De hecho, deberías leer toda la obra de Lovecraft. Y leer sobre él también. Re cuérdame que te preste alguno de sus libros.

-No estoy seguro de querer que lo hagas.

-Vamos, hombre... ¿Dónde está tu curiosidad intelectual? ¿La has dejado en el callejón?

-No me gustan los callejones. Y menos con el viento de Santa Ana soplando de esta forma y un monstruo esperándome al final -dijo Keith sonriendo tímidamente-. No me hagas caso, estoy nervioso.

Se detuvo y miró su reloj.

-¿Dónde demonios está Santiago? Son casi las nueve y media.

Cuando Keith se volvió para examinar la desierta calle, Waverly fue de nuevo hasta la puerta de la tienda.

-Espera un momento.

Keith levantó la mirada.

-Quizá esté dentro -dijo Waverly tratando de ver a través de los cristales-. La puerta del fondo del pasillo... Debe conducir al cuarto trasero. Mira, se ve luz por debajo.

-Claro, debe haber entrado por la puerta trasera.

Waverly sacudió el tirador de la puerta, después golpeó el cristal, pero no hubo respuesta.

-No nos oye -dijo-. Vayamos por detrás.

Keith lo miró irónicamente.

-Acabo de decirte que no me gustan los callejones.

Waverly se rió de nuevo, ruidosamente.

-Bueno, no habrá ningún monstruo esperándote. Eso te lo garantizo. Vamos.

Le indicó el estrecho pasadizo junto a la pared del edificio y se adentró en él. Keith, en las sombras, caminaba torpemente detrás. En la intensa oscuridad siguió a Waverly, de mala gana, hasta llegar al final

-¿S

Al ver la luz se volvió hacia Waverly frunciendo el entrecejo.

-¡Mira!

El cuarto trasero de la tienda estaba vacío. Sin embargo, la desnuda bombilla del techo estaba encendida, por lo que dedujeron que alguien había estado allí recientemente. La silla volcada; los cajones del escritorio tirados en el suelo, su contenido formando montañas de papel arrugado; el archivo apoyado contra la pared, saqueado; en el rincón una confusión de cajas vacías... Todo estaba silencioso, pero con muestras inequívocas de registro y robo.

-Han entrado a robar -murmuró Waverly.

-¿Pero dónde está Santiago?

Mientras Waverly hablaba, Keith empezó a cruzar la habitación, dirigiéndose a la puerta cerrada que comunicaba con la parte delantera de la tienda. Antes de llegar encontró otra pequeña puerta a su derecha. Estaba ligeramente entornada, y Keith titubeó al colocar la mano en el picaporte.

-Espera.

Waverly, a su lado, le hizo un gesto indicándole que tuviera cuidado. Keith advirtió que había tomado un viejo abrecartas de metal de la basura esparcida por el suelo, y lo empuñaba como si fuera un arma.

-Déjame ir delante -dijo Waverly.

Empujó la puerta y ésta se abrió.

Entonces se quedó sin habla.

Keith, desde atrás, intentaba ver en el interior del minúsculo baño. No había fondo estaba abierta.

Y, cautelosamente, se inclinó en el umbral de la puerta, reconociendo la silueta de Santiago.

Ignorando a Waverly, entró en la habitación y tocó el hombro de Santiago. El cuerpo cayó de costado sobre el suelo, a la vez que Keith lanzaba un grito.

Porque Felipe Santiago estaba muerto. Su cabeza estaba destrozada, como si hubiera sido arrancada a mordiscos, y en ella el rostro ya no existía.

-*El Peligro Oculto*<sup>3</sup> -murmuró Waverly-. *El Peligro Oculto*.

-¿De qué estás hablando? -dijo Keith entrando silenciosamente en el estudio de Waverly.

-De un relato de Lovecraft. Un hombre y un reportero amigo suyo investigan un pueblo abandonado, donde los habitantes han sido asesinados por alguna cosa, que parece que se esconde en madrigueras, bajo las montañas. Se desencadena una tormenta y se refugian en una cabaña. En la oscuridad, el reportero se asoma por la ventana para mirar la tempestad en la noche. Finalmente su compañero advierte que lleva un buen rato inmóvil. Le toca el hombro y...

Waverly se interrumpió encogiéndose de hombros.

-Ya sabes el resto.

-Yo no sé nada -dijo Keith-. Sigo pensando que deberíamos llamar a la policía, en vez de hablar tanto.

-Otra vez con lo mismo -dijo Waverly suspirando-. Si lo hubiéramos hecho, ni tú ni yo podríamos estar aquí ahora. Estaríamos sentados en el banquillo, detenidos por sospechosos, y esperando las preguntas del fiscal del distrito. Preguntas que ninguno de los dos podría contestar.

-Pero seguramente la policía vería que no tenemos ninguna relación con la muerte de Santiago.

<sup>3</sup>*The Lurking Fear*.

-La policía suele ser bastante miope en estos asuntos. E incluso aunque la acusación no cayera sobre nosotros, estaríamos obligados a declarar como testigos. Tú dices que no te gustan los callejones, bueno pues yo soy alérgico a las celdas de la cárcel.

Waverly movió la cabeza.

-Cuando encuentren el cuerpo de Santiago se va a formar un buen lío. Esas cosas causan gran sensación y ninguno de los dos necesitamos ese tipo de publicidad. Es mejor que no nos compliquemos.

Keith desvió la vista hacia las estanterías de libros alineadas en la pared del estudio.

-Pero ya lo estamos -dijo con un tono cansado-. La cuestión es que no entiendo nos hemos metido en ello. Dices que ese hombre, Lovecraft, escribió una historia en la que alguien asomaba la cabeza por la ventana y se la destrozaban a mordiscos. Y ahora ocurre en la vida real...

Waverly le interrumpió con un gesto de impaciencia.

-No tenemos por qué asumir eso. Me imagino que el informe de la investigación mostrará que Santiago fue golpeado repetidas veces en la cabeza con algún instrumento cortante que desfiguró sus facciones.

-Pero ¿por qué? Aparentemente el móvil fue el robo. Quien quiera que lo haya hecho no tenía necesidad de asesinarlo. E incluso, si lo mató accidentalmente, no había razón para acuchillarle la cara de esa forma, ni para asomarlo por la ventana siguiendo la pauta de la historia.

Waverly se tiró de la barba.

-La naturaleza copia al arte -dijo-. ¿O es el arte el que copia a la naturaleza? Ahora tenemos dos ejemplos... La muerte de Santiago y tu cuadro. Ambas relacionadas directamente con H. P. Lovecraft.

-Pero Lovecraft no está relacionado con Santiago.

-Yo creo que sí lo está.

Waverly buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un trozo de papel amarillento y arrugado. Lo desdobló y lo puso sobre la mesa.

-Algo que encontré en el suelo del cuarto trasero cuando cogí el abrecartas -le dijo Waverly-. No tuve oportunidad de mirarlo detenidamente hasta que veníamos de camino hacia aquí. Estabas demasiado concentrado conduciendo y demasiado afectado para que te lo mostrara... y cuando vi lo que era, pensé que era mejor no decirte nada. Pero ahora creo que debes verlo.

Le alargó el papel a Keith. Este miró el trozo de hoja arrugado y escrito con una letra diminuta y peculiar. Era una intrincada escritura difícil de leer. Keith levantó el papel hacia la luz y descifró el mensaje lentamente.

C/ Bernes, 10  
Providence, R. I.  
13 de Octubre de 1929

Querido Upton:

Te escribo bastante perturbado. Considerando lo que me revelaste en Boston -verbalmente, y sobre todo visualmente- me parece de vital importancia que nos veamos, tan pronto como sea posible. Realmente quisiera ver la otra obra a que te referiste. Nunca hubiera podido soñar, ni en las más insólitas pesadillas, la existencia de tal...

La caligrafía terminaba abruptamente en el borde dentado del fragmento roto y Keith levantó la vista de Waverly.

-Querido Upton -dijo Waverly lentamente-. ¿Te convences ahora? El artista existió y Lovecraft lo conocía.

-Pero no hay firma. ¿Cómo sabes que Lovecraft escribió la carta?

-Está su dirección. Y quien haya visto su letra alguna vez, la reconocerá en el acto.

Levantándose, Waverly se dirigió a la estantería y tomó un pequeño volumen de tapas amarillas, que estaba cubierto de polvo. Keith distinguió el título: *Acotaciones*<sup>4</sup>. Y la ilustración de la portada. Representaba una vieja casa rodeada por una cerca. Sobre un fondo de maleza, surgía una criatura barbuda que se inclinaba hacia adelante, mirando recelosamente la casa.

Waverly abrió bruscamente el libro, mostrando una página en la que aparecía la reproducción de una hoja de papel con anotaciones hechas a mano.

<sup>4</sup>*Marginalia*.

-¿Seguro que estás en condiciones de conducir?

Keith echó una mirada a través de la ventana.

-Tan temprano no encontraré tráfico. Iré perfectamente.

Waverly le condujo por el recibidor hasta la puerta de la calle.

-Llámame esta noche. Decidiremos cuál será nuestro próximo paso.

Keith negó con la cabeza.

-No quiero dar ningún paso más.

-Ahora no podemos dejarlo.

-Claro que podemos -dijo Keith con voz firme-. Yo abandono aquí. No quiero oír nada m

Abrió la puerta y atravesó el umbral. Fuera ya se había hecho de día.

-Todo lo que quiero es olvidar este absurdo asunto. Y eso es precisamente lo que voy a hacer.

Keith caminó hasta su coche dando grandes zancadas, mientras Waverly lo observaba alejarse.

Ya en dirección a su casa, conducía con decisión, con la firme determinación de superar el cansancio. Circulaba por las calles vacías a través de la ciudad, por las intrincadas callejas, hasta llegar a la cima de la colina, sobre el desfiladero.

Sólo después que hubo aparcado el coche en el garaje y abierto la puerta principal, se permitió el placer de relajarse.

Era agradable estar de nuevo en la tranquilidad del hogar, pensó Keith mientras atravesaba el pasillo hacia el dormitorio. Los acontecimientos de las últimas doce horas parecían un mal sueño, una pesadilla de la que al fin había logrado despertar, sano y salvo.

repartidor entró por la puerta trasera de la tienda. El informe no menciona nada que no supiéramos ya, sólo

-No has tenido nunca problemas con el FBI, ¿verdad?-preguntó Waverly.

-Claro que no.

-Yo tampoco. Así que nuestras huellas no están registradas. Estamos a salvo.

-

Keith miró hacia la mesa donde había estado el cuadro.

-No creo que pueda volver a sentirme a salvo.

-Lo estarás cuando descubramos que hay detrás de todo esto.

Keith negó con la cabeza.

-Te dije que quería poner punto final. Dejemos que lo arregle la policía. Y aún creo que deberíamos decirles lo que sabemos.

-¿Decirles qué? ¿Que descubriste un asesinato la noche pasada y no lo denunciaste, pero que ahora alguien te ha robado un retrato de un necrófago y quieres recuperarlo?

-Entonces pongamos fin al asunto. Tal como sugerí.

-Ya es demasiado tarde para eso. El que lo hizo sabe quién eres.

Waverly respiró profundamente.

-No quiero parecer un alarmista, pero si yo fuera tú, me largaría de aquí unos cuantos días. Toma una habitación en un motel y mantente alejado un tiempo. No creo que vuelvan, ya que tienen la pintura, pero nunca se sabe.

-Exactamente. No sabemos nada de esas personas, o persona si es que es una sola, y ni siquiera tenemos una pista.

-Creo que podemos encontrarla.

Waverly fue hasta una silla y levantó un pequeño paquete que había sobre el asiento. Lo llevó a la mesa y lo desenvolvió. Aparecieron media docena de libros.

-Traje esto. Puedes leerlos en el motel. Pero por favor, ten cuidado. No se te ocurra estropearlos. Algunos de estos ejemplares son muy valiosos.

Keith fue hacia la mesa y examinó los libros leyendo los títulos.

-*El Extraño y los Otros, Más Allá de la Pared del Sueño...*

<sup>5</sup> *The Outsider and Others, Beyond the Wall of Sleep.*

cho. También estaba profundamente interesado en la ciencia moderna; creó una revista de astronomía y formó parte de una asociación de prensa amateur. Pronto empezó a mantener correspondencia con otros escritores.

Y cuando Lovecraft inició su carrera de escritor, eligió el campo de la fantasía. Su primera poesía estaba construida en un estilo clásico, su primera prosa tenía elementos comparables a la obra de Dunsany.

Pero hacia 1920, tras la muerte de su madre, se fue a vivir con dos ancianas tías. Debido a que la herencia se iba agotando, se vio obligado a entrar en un nuevo mundo. Se convirtió en un escritor fantasma, corrigiendo los trabajos de otros, que entonces empezaban a publicar sus historias.

Paulatinamente fue atreviéndose a entrar en sociedad. El solitario noctámbulo de las calles de Providence, viajó entonces a la costa del Atlántico, en busca de antiguas leyendas, y estableció su residencia en Nueva York. Pero después de pocos años, en los que se casó y separó de una importante mujer de negocios, se retiró nuevamente a Providence. Allí continuó corrigiendo trabajos, reanudó la correspondencia y redactó sus propios libros, hasta que el cáncer interrumpió su carrera en 1937.

En vida de Lovecraft, sus cuentos fueron poco conocidos, apareciendo sólo en algunas revistas sensacionalistas. Ningún editor importante se aventuró a publicar una novela o una colección de sus cuentos, ni entonces ni póstumamente. Dos jóvenes escritores, August Derleth y Donald Wandrei, finalmente fundaron una editorial para publicar *El Extraño y los Otros* y *Más Allá de la Pared de los Sueños*, que en ediciones reducidas se vendieron por correo. La fama eludió a Lovecraft incluso después de muerto; las

Pero, poco a poco, se fueron reimprimiendo los relatos en antologías. Derleth se hizo cargo del negocio y dio a conocer los libros de otros escritores que habían formado parte del «Círculo de Lovecraft», que mantenían correspondencia con él. De este modo, por fin, empezó a conocerse. La obra de un hombre, a quien sus amigos llamaban H P L, se extendió, convirtiéndose en una especie de clásico del «underground». Las viejas revistas y los primeros libros de sus historias alcanzaron precios fabulosos como material de coleccionistas. Finalmente, en los años 60, Lovecraft se convirtió en un escritor consagrado, y en los 70 acaparó la atención de la crítica.

Todo esto, lo aprendía Keith de las biografías, que a pesar del consejo de Waverly, leyó antes de abordar  
entra en el mundo privado de Lovecraft, iba encontrando elementos  
con los que se identificaba.

Keith había sido también hijo único y apenas conoció a su padre; en su caso por divorcio. También había elegido una vida introvertida, pasando por un corto matrimonio y una amistosa separación. Afortunadamente su salud era buena y su herencia le permitía vivir tal como deseaba, viajando mucho y permitiéndose coleccionar los objetos curiosos y grotescos de los que se encaprichaba. Bajo condiciones similares, quizá, la vida de Lovecraft presentaba un paralelismo con la suya. Leyendo, Keith empezó a experimentar un sentimiento de empatía con Lovecraft.

Pero había otros aspectos que no podía entender. Las tres biografías eran demasiado distintas entre sí. Willis Conover escribió las memorias de un hombre con el que mantenía correspondencia cuando era un

Las uniones anormales iban perdiendo sus características humanas, convirtiéndose en ictioides y batracios. Al final desarrollaban las branquias y se adaptaban al mar. Pero mientras tanto, se escondían entre los escombros de las casas de la ciudad olvidada, sirviendo a extraño dioses de los Mares del Sur y matando a los intrusos que accidentalmente descubrían su existencia.

En el reino de Lovecraft, visitantes alados provenientes de otros planetas frecuentaban las desérticas colinas de Vermont y las cimas de sus montañas. Ayudados por aliados humanos, conspiraban contra la humanidad. Otros hombres crearon una secta, extendida por todo el mundo, para servir al Cthulhu, uno de los Grandes Diablos que había gobernado la tierra en la antigüedad y ahora dormía bajo el mar, en la ciudad hundida de R'lyeh. Cuando la actividad volcánica sacó a Cthulhu de las profundidades, se deslizó fuera de su tumba de piedra, dispuesto a reinar e imponer su fuerza. Entonces, casualmente, fue aparentemente destruido y quedó sumergido bajo el mar, en la ciudad de piedra. Pero todavía vivía esperando el día en que sus seguidores encontraran el conjuro que había de sacarlo de las profundidades.

Toda la última parte de la obra de Lovecraft versaba sobre este tipo de leyendas sobre una raza de monstruos que una vez gobernaron la Tierra y fueron expulsados. Y en el más allá esperaban la ayuda de los aliados humanos que los adoraban con ritos de magia negra. Los mitos de Cthulhu se revelaban a un mundo cuya civilización era absurda y efímera. El hombre moderno, enfrascado en un progreso inútil, no podía escapar del poder de los Grandes Diablos que una vez gobernaron y pronto volverían a gobernar.

Durante tres días Keith vivió en aquel mundo, en el tenebroso mundo de sueños de la vida de Lovecraft y en el mundo de las pesadillas de sus historias.

Entonces una llamada de Waverly le devolvió a su propio hogar y a la realidad.

-Bueno ¿qué piensas ahora de Lovecraft?

Waverly se acomodó en su silla, con una copa de coñac en la mano, mientras contemplaba el atardecer a través de la ventana del estudio de Keith.

-Tiene una terrible imaginación -dijo Keith encogiéndose de hombros-. De eso no me cabe la menor duda.

-¿Ninguna?

-¿Qué quieres decir?

-Suponte que no todo lo que escribió fuera invención.

Keith parecía no creer lo que oía.

---

<sup>6</sup>*The Rats in the Walls.*

<sup>7</sup>*Dunwich Horror.*

<sup>8</sup> *The Shadow over Innsmouth*



UN TERREMOTO DE INTENSIDAD 3,5  
HA SACUDIDO LOS ANGELES  
POCOS DAÑOS REGISTRADOS

Eso, al menos, había sido real. Keith leyó la noticia, una noticia familiar para los habitantes de Los Angeles, observando las usuales referencias a la falla de San Andrés y la situación del epicentro en la zona de Lancaster. Los sismólogos repetían la advertencia de que el terremoto cataclismo, pero que también era un elemento corriente en otra clase de acontecimientos.

Keith leyó la noticia casi con alivio; hasta que volvió la página y encontró algo que realmente le hizo temblar. Era un corto titular, que parecía haber sido insertado en último momento:

#### LIBRERO DE GLENDALE ASESINADO

La Policía está investigando el asesinato de Frederick T. Beckman, de 59 años de edad, que fue apuñalado la pasada noche en su casa de Glendale, calle Whitsun, comisario de la policía, Charles Mc Loy, de que salían extraños ruidos de la casa de al lado. Presumiblemente, el asesino de Beckman entró por una ventana abierta del dormitorio y le atacó mientras dormía. Beckman, un vendedor de libros raros y manuscritos, guardaba su mercancía en una caja fuerte empotrada, que aparentemente está intacta.

Keith dejó caer el periódico con las manos temblorosas. Y continuó temblando al marcar el número de Waverly y escuchar el eco de los rings repetidos.

Obviamente Waverly ya había salido para tomar su avión a Boston, pero tal vez había tiempo de encontrarlo en el aeropuerto. Llamó a vuelos internacionales de Los Angeles para que llamaran a Waverly por los altavoces. Una voz amable le informó que el avión a Boston había salido, como estaba programado,

Así que no podía hacer otra cosa que esperar.

No obstante, como primera medida, revisó las ventanas y cerró las puertas. Se sentía avergonzado de hacer eso en una mañana de sol radiante de un resplandeciente día de otoño. El clic de los cerrojos y pestillos al correrse le resultaba tranquilizador.

Tranquilizador, e inquietante. Porque el sonido le devolvía el recuerdo de otros clics. En el sueño, que no era un sueño. ¿O lo era?

Pasaron muchas horas hasta que Keith tuvo el valor de coger uno de los libros que Waverly le había prestado; una estropeada copia de *El Extraño y los Otros*.

Pasó las páginas hasta encontrar un cuento que no recordaba del todo bien: *La Declaración de Randolph Carter*<sup>9</sup>. Era un breve relato de la excursión del narrador y su amigo Harley Warren a un viejo cementerio, en el que tenían que abrir una antigua tumba, que creía contenía extraños secretos, algo relacionado con cuerpos que nunca se deterioraban. Era uno de sus típicos cuentos de los comienzos, escrito con el estilo florido que Lovecraft empleaba entonces y con ciertas críticas repetidas y ampuloso. Y sin embargo, los grandes excesos de imaginación evocaban una atmósfera de pesadilla; la sensación de estar ante la presencia de cosas que están por encima de la vida, o por encima de la muerte. Era un sentimiento que Keith había experimentado la noche anterior y ahora, recordándolo a la luz del día,

Se obligó a sí mismo a seguir leyendo, hasta el punto en que la gran losa de un sepulcro se movía, a un oscuro agujero. Fue entonces cuando el compañero del narrador, Warren, descendió solo llevando consigo un teléfono portátil para comunicarse. Warren desapareció en la oscuridad, arrastrando el cable del transmisor. Arriba esperaba el narrador, hasta que el clic de la señal le avisó que cogiera su receptor-transmisor y escuchase.

Keith se sentía casi incapaz de seguir leyendo. La voz de Warren conmovida hablando de los espantosos hallazgos en la fosa, su creciente alarma mientras seguía y después la pidiendo al narrador que cerrara de nuevo la tumba y huyera para salvar su vida.

De repente, la voz de Warren se cortó. Cuando el narrador lo llamó, oyó un clic en la línea, y el sonido de otra voz profunda, retumbante y aterradora que decía:

-Estúpido, Warren está muerto.

---

<sup>9</sup> *The Statement of Randolph Carter.*

-El propietario del almacén. El tipo lo heredó de su tío y no parece saber mucho del negocio. Se mostraba desconfiado hasta que me identifiqué. Entonces cooperó. Me pasé toda la tarde allí.

-¿Encontraste algo?

-Según el inventario, Santiago compró el lote completo del material de Upton. Tuve un presentimiento y le pedí que me dejara ver el lugar donde había estado almacenado. No te puedes imaginar qué porquería; el viejo tío lo tuvo descuidado durante años. Y por supuesto, estaba lleno de ratas. estado acumulando papeles para usarlos como nidos. Allí es donde lo encontré, en un rincón, y si no hubiera estado cubierto por un plástico, probablemente habría sido destrozado.

-¿De qué estás hablando?

-Ya lo verás. Te lo he mandado por correo certificado urgente. Lo recibirás por la mañana.

-¿No me vas a decir lo que es? ¿Por qué todo ese misterio?

La suave voz de Waverly sonaba como un murmullo.

-Tengo mis razones. Oliphant dijo que había recibido llamadas de sujetos desconocidos, preguntando por el material de Upton, queriendo saber quién lo había comprado. Naturalmente no les dio la información, pero así como nosotros lo sabemos, alguien puede también averiguarlo.

-¿Le dijiste lo que sospechabas?

-No del todo. Sólo lo suficiente para que se convenciera de que mis razones eran válidas. Dijo que creía que el que había llamado, intentaría entrar en el almacén, pero que llamaría a una patrulla de la policía para asustarlos. Se ve que en varias ocasiones advirtió extraños andamios en el aparcamiento, como si estuvieran

hizo balance de lo que había en el frigorífico y congelador y apuntó lo que necesitaba comprar.

La naturaleza prosaica de tales actividades tenía una influencia apaciguante y, por la noche, volvió a ser el mismo de siempre. Preparó y tomó la cena, limpió la mesa, puso los platos y utensilios en el lavavajillas. Luego se invitó a sí mismo a una copa y se sentó en el estudio a esperar la llamada de Waverly.

Allí, a la débil luz de la lámpara, las figurillas de jade y marfil le miraban silenciosamente de soslayo. Las máscaras de la tribu le observaban ferozmente; sus labios parecían cosidos formando una mueca que se burlaba de su pretensión de tener gustos e intereses corrientes.

-dijo el enfermero-. Soy Frank Peters.  
-Encantado de conocerlo.  
Keith bajó la voz.

-Por supuesto. Nadie podría imitar su caligrafía. Vi algunas muestras en ese libro que me prestaste, *Acotaciones*. ¿No había también allí un mapa?

-Sí. Un plano de calles de Arkham.

Waverly aclaró su garganta y rió ásperamente.

-¿Te imaginas dibujar una cosa así, inventar todos esos nombres de calles y rotularlos como si realmente existieran? El hombre tiene un extraño sentido del humor.

-¿Crees que lo hizo solamente por gastar una broma a los lectores?

-Claro -dijo Waverly mirando fijamente a Keith a través de los oscuros lentes-. ¿Recuerdas la carta que escribió autorizando a otro autor para que lo usara como un personaje en una historia? También incluía la firma de testigos imaginarios, en alemán, árabe y chino. Después HPL completó la falsificación escribiendo un corolario al autor de la otra obra en el que lo asesinaba. Incluso usó su casa de Providence como escenario del relato, precisamente para que pareciera más auténtico. Lovecraft era un bromista empedernido y esmerado. Una vez te das cuenta de eso, puedes explicártelo todo.

-No te sigo -dijo Kecith, cogiendo el trozo de papel para inspeccionarlo más detenidamente. Las palabras de Waverly le confundían.

-El cuadro que compraste... fue pintado por Upton, pero no inspiró el relato de Lovecraft. Creo que fue al contrario. Primero fue la historia, y después HPL hizo que Upton ilustrara lo que había escrito. ¡Cómo

debió reírse imaginando que nos iba a engañar! Por algún tiempo casi nos ha hecho creer en esos necrófagos y en los morbosos disparates que inventó de la mitología de Cthulhu.

Waverly rió de nuevo.

-¿No te das cuenta? Es una broma.

Bajo el techo de madera, el aire estaba cargado. De algún lugar del pasillo llegaba el débil sonido de unos pasos; probablemente Peters había vuelto de la farmacia con la medicina.

Keith no hizo caso del ruido, mirando fijamente a la figura sentada entre las sombras.

-Estás olvidando una cosa -dijo-. Santiago y Beckman fueron asesinados. Eso no puede ser una broma.

-Sí, puede ser.

La voz de Waverly se volvió de repente aguda y penetrante.

-Peters... ¡Trae el mapa!

El hombre negro avanzó hacia él desde la puerta. Ya no sonreía y sostenía un revólver en la mano.

-Démelo -dijo.

Keith dio un paso hacia atrás, peco Peters cayó sobre él, apuntando con el arma y listo para disparar.

-Démelo -murmuró el negro.

Entonces, la mano que sostenía el revólver empezó a temblar.

Se produjo un estruendo y toda la habitación tembló; las paredes, el techo, el suelo casa se estremecía con un rugido que se confundía con el grito que salió de la garganta del negro, al empezar a caer las maderas del techo.

Keith se volvió, agarró el mapa y cruzó la puerta, corriendo.

Entonces el ruido se intensificó, el techo empezó a derrumbarse y Keith perdió el conocimiento.

Cuando nuevamente abrió los ojos, todo estaba silencioso. Silencioso y oscuro, y muy tranquilo.

*Un terremoto. Predijeron que ocurriría y había ocurrido.*

Keith se movió cautelosamente sintiendo un gran alivio al descubrir que podía mover las piernas sin dolor. Tenía una sensación entumecedora en el oído izquierdo, debía haberse golpeado con uno de los tablones del techo. Sobre su pecho, habían caído grandes pedazos de yeso; los apartó y se sentó. En la mano derecha todavía estrechaba el arrugado mapa.

Pero el negro ya no sostenía el revólver. Estaba tendido junto a Keith, atrapado por una gran viga, con la cabeza aplastada.

Keith se levantó, apartándose de aquella vista nauseabunda. Trató de abrirse paso entre los escombros del suelo, buscando a Simon Waverly entre las sombras del rincón de la habitación.

Milagrosamente, el sillón no había sido dañado. Pero estaba vacío o casi vacío.

A través de las tinieblas, Keith consiguió ver las cosas que des cansaban sobre el asiento; tres objetos aprisionados por una chapa de metal.

Tres objetos inconfundibles: la cara y las manos de Simon Waverly.

La pesadilla no terminaba.

Continuaba en la calle, donde las figuras aturdidas salían tambaleándose de los bungalows parcialmente derruidos. O luchaban frenéticamente por recobrar lo que acababan de perder.

Conmocionado por el golpe, Keith advirtió que la camioneta blanca ya no estaba aparcada frente a la casa de Waverly. Pero el Volvo estaba allí, aparentemente i inmediatamente se puso en marcha.

Keith conducía en la noche que no era ni oscura ni tranquila. Las casas destrozadas, envueltas en llamas, iluminaban el camino en medio de la ciudad, que gritaba de dolor.

No estaba solo. El tráfico se incrementaba constantemente debido a que otros conductores escapaban de los incendios o de las explosiones producidas por los escapes de gas. Las tuberías de agua se habían reventado e inundado Melrose, y Keith rodeó la zona hasta encontrar un paso seguro. En la Avenida Fontain giró hacia el oeste. Tuvo que desviarse varias veces para evitar golpear a los que corrían, o caminaban fatigosamente, o simplemente estaban de pie en la calle aturdidos y sin saber qué hacer.

La Avenida Highland estaba colapsada por los vehículos que se dirigían hacia el norte para coger la autopista. En La Brea las sirenas zumbaban, provenientes de los coches de policía, ambulancias y bomberos, compitiendo en sus urgentes carreras.

Pero mientras avanzaba hacia el oeste, iba encontrando menos evidencias de la violenta destrucción. Aparentemente el terremoto había pegado más fuerte en el centro de la ciudad y Keith, silenciosamente, rezaba para que su zona hubiera escapado de los temblores más intensos.

igo Henry Akeley. Este era un sabio que creía que unas criaturas procedentes de otros planetas se escondían en las montañas de Vermont, cerca de su casa. Le contaba por carta sus temores al narrador y lo invitaba a que lo visitase, trayendo consigo una fotografía y una grabación, que le había mandado como prueba. Cuando el narrador llegaba, se encontraba con un extraño que afirmaba ser amigo de Akeley. Al entrar en la casa, el supuesto sabio enfermo le aguardaba en la oscuridad para

---

<sup>10</sup> *The Haunter of the Dark*

Una vez seguros de eso, el negro estaría preparado para actuar. Pero el terremoto, que le había derribado dándole muerte, y el aturdimiento de Keith, ofrecieron la oportunidad de escapar al impostor de Waverly. Probablemente pensaría que Keith también estaba muerto; en todo caso, había huido en la camioneta. Naturalmente, el miedo que provocó su marcha repentina, hizo que olvidara el contenido del sobre. Pero ¿qué persona podía concebir y llevar a cabo el múltiple asesinato de Santiago, Beckman y Waverly? ¿Se trataría realmente de algún tipo de secta como las descritas en los cuentos de Lovecraft, adoradores de seres malvados que secretamente sobrevivían en la Tierra?

Keith llevó su taza de café a la sala, mientras pensaba en una respuesta más racional.

¿Sería una broma, no perpetrada por Lovecraft, como torpemente había sugerido el susurrador, sino por algún fanático y desequilibrado admirador de su obra?

Keith recordó historias recientes de asesinatos rituales, llevados a cabo por satanistas que, supuestamente enviados por el diablo, cometían la mayores atrocidades. Podía ser típico de fanáticos trastornados apropiarse de elementos novelescos y tramar asesinatos para copiar los de los cuentos. ¿No había mencionado Waverly, alguna vez, una sociedad llamada «La Orden Esotérica de Dagon», nombre usado por unos ocultistas, de cara de pez, en *La Sombra sobre Innsmouth?* Humanos que se unían con monstruos submarinos y su descendencia adquiría «el rostro de Innsmouth». Los mitos de Cthulhu de Lovecraft atraían a un cierto sector de la juventud inquieta; había un grupo de rock llamado *H. P. Lovecraft*. Las drogas alucinógenas podían potenciar la intensidad de las fantasías imaginadas e inspirar a adictos desequilibrados a traducirlas en espantosas realidades.

Ninguna respuesta, sin embargo, explicaría la pintura de *El Modelo de Pickman* o la existencia del artista Upton, el prototipo auténtico del personaje de la historia. El cuadro había sido pintado en 1926. Antes que Lovecraft hubiera escrito sobre la secta de Cthulhu, y antes de que hubiera nacido ningún miembro de la actual contra-cultura.

Había otra posibilidad. En las cartas y conversaciones, Lovecraft hacía alusión frecuentemente a la fuente de los argumentos de sus historias: sus propios sueños. Toda su vida había estado sometido a intensas pesadillas, más allá de la pared del sueño.

¿Qué yacía realmente detrás de la pared? ¿Había vagado por otras dimensiones, por un universo iajado a través del tiempo y del espacio en sus sueños, viajado para ser testigo de

Keith miró otra vez el mapa, examinando los márgenes, donde se indicaban los grados longitudinales y latitudinales. Entonces, sus ojos buscaron el punto donde las líneas marcadas se intersectaban.

Incluso antes de encontrarlo, sabía lo que iba a ver. Bajo la gruesa cruz que marcaba la mancha, había garabateada una palabra: *R'lyeh*.

La salud ofrece ciertas ventajas, especialmente en las épocas de «stress». A pesar de la interrupción de la rutina de sus ocupaciones normales por las consecuencias desastrosas del terremoto, treinta y seis horas más tarde, había puesto sus asuntos en orden y tomado un jet de la Air France.

Había salido inmediatamente, llevando en la maleta lo que creyó necesario y hospedándose en el hotel Bel-Air. Allí se sintió a salvo de las intrusiones, mientras hizo los arreglos precisos con la agencia de viajes y visó el pasaporte. Su banco le había enviado el saldo solicitado y, siguiendo sus recomendaciones, había encargado a una agencia inmobiliaria cerrar la casa y de los gastos de mantenimiento durante su ausencia. Al marchar, se quedó suficientemente satisfecho de su seguridad.

Las últimas catástrofes habían provocado la cancelación de muchos planes de vacaciones y, una vez a bordo, se encontró ocupando la sección de primera clase, con

El otro viajero era un inglés de mediana edad, cuyo retraimiento era tan característico como su tez rojiza, la corbata rayada de colegial y el catálogo de la subasta de Sotheby, que miraba atentamente.

Pero la amabilidad persistente de la azafata dio sus resultados. Cuando tomaban la tercera bebida, ya habían entrado en una animada conversación e intercambiaban presentaciones.

El hombre de Briton se llamaba Abbott -Mayor Ronald Abbott, del Quinto Regimiento Real de Fusileros de Northumberland, entonces retirado y residente en Tahití.

-Pero sólo durante seis meses al año -dijo- No puedo estar más tiempo sin sacar el certificado de ciudadanía. Los franceses no permiten a nadie entrar en sus reservas privadas.

-¿Ha oído hablar del terremoto? -preguntó Keith-. ¿Cree que han habido muchos daños allí?

Abbott negó con la cabeza.

-Nada serio. Azotó las aguas miles de millas hacia el sur y el este. Siempre cabe la posibilidad de una oleada, pero no han habido noticias al respecto. Estoy convencido de que encontrará Pepeeete completamente seguro para los turistas. Va de vacaciones ¿no es cierto?

-No exactamente.

Keith miró a la azafata que les ofrecía una bebida, agradeciéndole la interrupción. Pero eso, más los efectos de la altura y la fatiga, le incitó a que soltara la lengua. Antes de que se diera cuenta, estaba debatiendo sobre su misión y, aunque trataba de no dar detalles sobre su naturaleza o sus motivos, hablaba abiertamente de sus apresurados preparativos para la marcha.

-Suena como si estuviera a punto de desbordarse el vaso -comentó Abbott-. Esa prisa en salir.

Miró a Keith con perspicacia.

-¿No estaría metido en algún lío con la Justicia?

-No he cometido ningún desfalco, si es lo que está pensando. Pero tuve que irme inmediatamente, cuando descubrí... -Se interrumpió, estudiando aquel rostro impasible, poniendo cuidado en no apresurarse a confiar. Una cosa era cierta; necesitaría ayuda si intentaba llevar a cabo su propósito. Un hombre como  
o en las leyes y ordenanzas de la región. ¿Pero qué más podía saber?

Keith respiró profundamente y se lanzó.

-¿Por casualidad conoce la obra de un escritor llamado Lovecraft?

Abbott agitó el vaso.

-No. Me suena el nombre. ¿Es amigo suyo?

-No, pero hay algo que escribió, una historia que explica lo que tengo intención de hacer. Si pudiera

-Déjeme echarle un vistazo -dijo Abbott.

-La olvidé -dijo Keith frunciendo el ceño-. Me temo que está con el equipaje.

-No importa. Ya me la dejará cuando tomemos tierra. Le echaré un vistazo rápido.

En el aeropuerto, después de la inspección de la aduana, Keith encontró

la historia en cuestión.

-La llamada de... ¿qué? -Abbott se detuvo confundido.

-Creo que se pronuncia «Cut-ul-ju» -dijo Keith-. De todas formas no importa. Léalo y ya me dirá su

-¿Dónde se alojará?

-En el Royal Tahitian.

-De acuerdo. Le llamaré esta noche al hotel.

El Royal Tahitian era una antigua reliquia, de antes de que los jets provocaran la invasión de turistas. La estructura principal, vieja, irregular y totalmente fascinante, estaba rodeada por jardines espaciosos, llenos de casitas individuales. Allí se bailaba el tradicional

Keith se dedicó a explorar el jardín, descubriendo un gigantesco falo de piedra, que bien podía haber servido como objeto de culto en tiempos antiguos. Al verlo, sonrió, poniéndose nuevamente serio al pensar qué otra cosa adorarían los polinesios en aquellos tiempos o qué adorarían aún algunos de  
desde luego, en un hotel de Papeete ni en ningún lugar cercano a la ruidosa carretera, con el tráfico de motocicletas y el sonido de los transistores.

Si persistían las viejas costumbres y creencias, se encontrarían en el interior, en las laderas de las montañas, donde hociqueaban los cerdos salvajes, y en los picos rocosos donde los grandes cangrejos corrían aprisa. Seguramente, algunos restos del pasado primitivo, quedarían en las islas exteriores, Moorea o Bora-Bora, o en la soledad de las Marquesas en el norte. Era difícil creer que esa gente sonriente y amistosa una vez había formado parte de una sociedad guerrera que practicaba el infanticidio, rituales caníbales y  
ía a la historia que todo el mundo conocía. Paralelamente debía existir también una historia oculta. Keith recordó a Kanakas, quien se había unido con las criaturas-pez en *La Sombra sobre Innessmouth*. Quizá debería haberle enseñado también aquel relato a Abbott, pero su confianza tenía un límite. Por eso, había corrido un riesgo calculado al mostrarle el otro cuento y, después de cenar en el comedor al aire libre, se encontró esperando impacientemente su llamada.

Pero Abbott se presentó personalmente, alrededor de las 9. Keith descubrió un hombre distinto. Había desaparecido el traje, la camisa y la corbata de colegial: llevaba unos pantalones cortos de un color fuerte y

-No estoy seguro. Pero si fuera posible hacerse con algunos explosivos, cargas de profundidad, quizá...

Temblando miró lo que aparecía en la proa, por estribor. Era terriblemente familiar y, por un momento, creyó estar experimentando un *déjà vu*. Entonces se dio cuenta de que observaba lo que Lovecraft había descrito en su historia tan exacta y claramente: la punta de una cima surgiendo entre la niebla de las profundidades del océano, sobre la que se elevaba una masa montañosa de mampostería, que emergía como un monolito formado por gigantescos bloques de piedra cubiertos de limo verde.

R'lyeh era real.

Entonces hizo memoria.

-¿Recuerdas la historia? -murmuró Keith-. Es como un panel que se balancea en la cúspide.

Abbott trepó por uno de los costados tallados y presionó la superficie fangosa del dintel de piedra, en un punto alto. La puerta se movió hacia adentro, mostrando, por la abertura abismal, la oscura profundidad del interior.

Al abrir, salió un olor de corrupción que aturdió los sentidos, un hedor tan irresistible por su intensidad, que Keith a punto estuvo de desmayarse.

Tomó aliento e intentó recuperar el control. Entonces vio que el capitán Sato y la tripulación habían subido y se encontraban tras él con las manos vacías.

Miró con el ceño fruncido a Abbott.

-Las cargas de profundidad... ¿Dónde están?

-En el maldito arsenal, en Papeete -dijo Abbott-. ¿No creerías de verdad que me iba a apropiarme de ellas? Ya hemos tenido bastantes problemas, sin necesidad de hacerlo. Si hubieras venido a mi casa, como yo quería, nos habríamos ahorrado el viaje. -Se encogió de hombros-. De todas formas, habría tenido que venir para abrir la puerta.

Keith, paralizado, se volvió hacia Sato. Al hacerlo, oyó un ruido, como de chapoteo, proveniente de la oscuridad abismal, al otro lado de la gigantesca puerta.

Sato también lo oyó, pero su expresión no se alteró. Únicamente inclinó la cabeza. El piloto, un corpulento nativo de piel oscura, se acercó para escudriñar a Keith, con unos ojos que no pestañeaban.

El capitán Sato señaló al hombre con un gesto.

-Él pertenece a Cthulhu.

La tripulación pululaba alrededor de Keith, cogiéndole con manos pegajosas, para levantarlo y conducirlo hacia la boca abierta a que conducía la puerta adornada con figuras demoníacas, donde algo estaba ascendiendo.

A Keith le fue imposible mirar lo que acechaba abajo. Sus ojos se cerraron y sintió que se adentraba en la oscuridad.

La última imagen que captó, fueron los ojos de pez de los hombres de la tripulación. Había reconocido demasiado tarde la apariencia de Innsmouth.

## II-MÁS TARDE

-Me temo que no hay duda -dijo Danton Heisinger-. Ha muerto.

Kay Keith no contestó. Se sentó allí en la oficina del director del banco, para analizar su reacción. Su atención estaba en el frío aire acondicionado, en el humo del cigarrillo de Heisinger, en la mirada bizca de sus ojos astigmáticos aprisionados tras la delgada barrera de sus lentes bifocales, en el murmullo de papeles que formaba él al buscar sobre el escritorio.

Sus sensaciones auditivas, táctiles, olfativas y visuales, parecían funcionar correctamente. Pero la noticia de la muerte de Albert Keith, no le produjo ninguna reacción consciente.

-Aquí están los informes del consulado -dijo Heisinger-. Las declaraciones de los testigos oculares, el capitán Sato y algunos miembros de la tripulación. La policía los interrogó por separado y también lo . Las versiones coinciden en todos los detalles.

Heisinger le tendió las copias en papel cebolla.

-Si desea examinarlas...

Kay negó con la cabeza.

-Me fío de su palabra. Pero, emborracharse y caerse del barco al mar, en pleno océano Pacífico... No me parece propio de Albert. ¿Están seguros de que lo identificaron sin lugar a dudas?

-Completamente.

Heisinger apagó el cigarrillo en el cenicero, pensando que quizá le molestase a Keith.

-Siguieron todos sus movimientos hasta que compró el billete de avión.

Kay movió la cabeza. Después se peinó los rubios rizos con la mano, en un gesto forzado.

-Eso, justamente, no me parece propio de Albert. Salir corriendo hacia un lugar tan lejano. No puedo imaginarlo actuando de esa forma.

Heisinger se encogió de hombros.

-Francamente, tampoco yo puedo. Su marido me parecía un hombre muy metódico.

-Por eso, debe haber una razón...

-Estoy seguro de ello -asintió Heisinger-. La verdad es que nunca sabremos con exactitud cuál fue la razón. Antes de su partida no me consultó. Todo lo que puedo decirle es que, inmediatamente después del terremoto, vino a retirar veinte mil dólares en cheques de viaje. Pidió ayuda al banco para que le solucionaran los retrasos habituales y los trámites para renovar el pasaporte. También le ayudamos a encontrar una agencia inmobiliaria, que cuidara de su casa durante su ausencia. Les pagó por adelantado el primer mes y no dijo nada respecto al pago de otros meses. De modo, que dedujimos que volvería en ese intervalo. Y eso es todo lo que he podido averiguar.

lor por la muerte de Albert? Honestamente, no. Era incapaz de experimentar algo tan intenso como la aflicción. Quizá lástima. Una sombra que ocultaba la verdad. Lástima por un hombre que había muerto tan lejos de su hogar y tan absolutamente solo. Pero Albert Keith siempre había estado lejos y solo, incluso cuando estuvieron casados. Si entonces hubiera sentido lástima de él, si hubiera sido capaz de entenderlo, quizá todavía estaría vivo. ¡Maldita sea! Ahora reconocía su reacción emocional, era *culpabilidad*. Si la culpabilidad es una emoción. Pero ella no tenía ninguna razón para sentirse culpable; ex marido o no, nunca había conocido realmente a Albert. No podía dolerse por lo que él fuera o

Con un sobresalto, Kay se dio cuenta de que Heisinger hacía rato que le estaba hablando.

-...una vez el inventario esté completo, haré que el abogado redacte los papeles necesarios para legalizar el testamento. Estaremos en contacto.

-Gracias otra vez por lo que ha hecho.

-Lo he hecho con mucho gusto.

Los labios delgado de Heisinger se relajaron formando una porción de sonrisa; Kay se sorprendió traduciéndola en términos numéricos mientras asentía y salía por el pasillo.

Un cinco por ciento de sonrisa para un cinco por ciento de los bienes. Suficiente, supuso. A ella todavía le quedaba el noventa y cinco por ciento, incluyendo la responsabilidad de averiguar lo que había ocurrido.

Pero, *no era* responsable, recordó. El divorcio había puesto fin a aquello, y tenía los papeles y documentos legales que lo confirmaban. Si los documentos legales podían confirmar realmente algo. Maldita sea, ¿por qué se sentía tan culpable?

Lo más inteligente sería apartarse del asunto. Dejar que el administrador, el abogado y los de hacienda hicieran el inventario y los arreglos necesarios. Después recogería el noventa y cinco por ciento y lo disfrutaría. Ella no amaba a Albert, él tampoco la había amado a ella. E incluso, aunque hubieran tenido el mayor idilio después de Romeo y Julieta, Marco Antonio y Cleopatra o Sonny y Cher, ya nada importaba. Albert estaba muerto, no podía hacerlo volver, y si había algo confuso en la forma en que había muerto...

*Algo confuso*<sup>11</sup>.

¡Oh Dios, *qué* sería!

Saliendo de prisa del edificio, a la luz reconfortante del sol, el frío la atravesó.

Kay tembló y recordó.

---

<sup>11</sup>N. *del T.*: Juego de palabras. El autor utiliza la palabra «fishy», que significa confuso y relativo a pez.

Recordó la niña de cinco años de edad, sentada a la orilla del río Colorado, en las comidas campestres. Los soldados arrastraban la *cosa* entre las sombras, a través de la arena. Los arponazos habían dejado sus marcas, pero eso no fue lo que quedó marcado en la memoria de Kay, abriéndose y cicatrizando durante *falta* de huellas lo que perturbaba sus pesadillas; la abultada tersura de la *cosa* cubierta de agua y aleteando sobre la orilla. Las prolongadas inmersiones habían erosionado todo su parecido con la naturaleza humana; la carne hinchada era gris oscura, los brazos y piernas eran abultadas aletas, sin dedos ni uñas, que se agitaban, y la cara había sido devorada por los peces.

*Eso* era horrible; pensar en peces devoradores. La niña de cinco años había gritado al verlo, y ese grito

Sí, lo más inteligente sería apartarse del asunto.

Pero las piernas de Kay temblaron hasta que estuvo sentada en el coche, a salvo, saliendo del aparcamiento. Y no podía apartarse, no podía escapar, porque ya no tenía cinco años, no podía alejar a Albert de su pensamiento. Que estaba muerto y cómo había muerto ahogado en las profundidades donde los peces se agitaban y los afilados peces desgarraban la carne...

No podía apartarse.

Doblando la esquina hacia el Oeste, el coche se dirigía hacia las montañas, envueltas en nieblas.

Entrando en el desfiladero, Kay sintió que gradualmente iba relajándose, como si la decisión hubiera puesto fin a la culpabilidad y a los recuerdos. En su lugar, sin embargo, se producía algo mucho más parecido a la indiferencia.

Anteriormente, había hecho aquel camino muchas veces, pero no durante los últimos años y la memoria estaba empañada. Se perdió dos veces en la intrincada confusión de carreteras sin salida y otras que giraban hasta encontrarse a sí mismas. Las sombras de la tarde se alargaban, mezc finalmente se detuvo ante el lugar que una vez había sido su casa.

¿O no lo había sido? Aunque reconocía la casa, no la asociaba fielmente con la realidad del pasado. Quizá había soñado vivir allí; quizá había compartido los recuerdos de alguien y los había confundido con los suyos.

Heisinger tenía razón. La gente cambiaba.

Albert había cambiado, no cabía duda. Recordaba su jactancia antes del matrimonio, una especie de dominio exigente que insinuaba la fuerza de sus deseos; la necesidad de un niño, constantemente mimado, de poseer cualquier cosa que le pareciera atractiva en el momento. Pero ella había *querido* que él fuera posesivo, había necesitado sentir que pertenecía a alguien. Desgraciadamente, su impulso o instinto, o manía coleccionista, que era lo más probable, venía a ser un fenómeno temporal. Los niños se cansan de los juguetes, aunque sean atractivos, especialmente cuando sus posesiones implican responsabilidades. Albert había caído pronto en su forma habitual de introversión, y eso había sido la causa principal de la separación y el divorcio.

Pero ella también había cambiado. Mientras la alienación de Albert se incrementaba, las inclinaciones sociales de ella aumentaban. Durante su matrimonio había sido tímida, una solitaria reprimida, insegura de su capacidad de salir adelante en las relaciones cotidianas, en el mundo de los negocios e, incluso, estaba insegura de su poder de atracción. Desde que tenía veinte años, los hombres la habían encontrado atractiva, pero la imagen que tenía de ella misma, era la del patito feo. Y además, nunca había deseado conscientemente convertirse en un cisne.

Y Albert Keith, de forma bastante irónica, se lo había hecho notar. Las relaciones sexuales, de las que e había cansado, le habían reportado el conocimiento de sí misma y la necesidad de

Pero Albert no respondió. Su atención hacia ella disminuyó. Así que podía haber seguido siendo un patito feo, porque su forma de vida no le imponía la necesidad de aspirar a ser un cisne. Ni la necesidad de convertirse en una mujer muy bien vestida, siempre a la última moda, en un producto totalmente artificial

Perversamente, sin embargo, esa fue la imagen exacta que empezó a construirse Kay. Acudió a cursillos, para salir del aburrimiento. Después siguió las clases para convertirse en una modelo. Más tarde llegó el trabajo profesional.

El resto fue inevitable. Con aquello llegó la confusión. Un año de inquietud. El divorcio, cuando se produjo, fue amistoso. Esa fue la palabra que usó Albert; siempre se le había dado bien encontrar las palabras correctas para las situaciones erróneas. Después cada uno tomó su camino.

Y respecto a la bebida, debió ser únicamente un antídoto para el calor. No era aficionado a beber, recordó ella, y la mezcla del sol y el alcohol, habrían sido suficientes para causar un descuido.

*Un descuido.*

La descuidada era *ella*, permaneciendo en aquella casa vacía y poblada de quimeras.

*De sueños nocturnos*, mejor dicho, porque el sol ya se había ido y las sombras estaban por todas partes, saliendo furtivamente de los rincones, deslizándose por las paredes, reptando sobre el suelo, rodeándola por completo. En las sombras, las máscaras podían mover sus bocas, las figurillas de la estantería miraban fijamente a través del cristal, el rostro de la cabeza reducida se contraía en una horrible mueca. Las flores, lozanas a la luz del día, se marchitaban al llegar la noche. Los capullos se oscurecían, abriéndose retorcidamente, desprendiendo un perfume de terror.

Señor, *¿de dónde salía aquello?* Kay sonrió insegura, después se dirigió hacia el interruptor de la pared. Todas esas cosas sobre la madurez, sonaban bien, pero allí estaba, como un gatito atemorizado, asustada de su propia sombra.

Sólo que no era su sombra.

*Aquella* sombra se movía.

Surgió de la puerta del pasillo, y la miraba.

-Buenas noches, señora Keith -dijo la sombra-. Encienda la luz.

-dijo él sonriendo . En este trabajo vale la pena ser prudente. Los vecinos pueden extrañarse de ver llegar cada día un coche que no conocen.

-¿Cuánto tardará en terminar?

Powers se encogió de hombros.

-Una sesión más bastaría. Con su ayuda.

-¿La mía?

Kay sacó del bolso la llave del coche.

-No pienso volver aquí otra vez.

-No pensaba en eso. Sólo unas cuantas preguntas...

-Pero ya se lo he dicho. No sé nada sobre lo que compró Albert en los últimos tres años.

-Hay otras cosas que puede decirme. El precio de la casa está registrado, pero no el de los muebles, ni el de los arreglos que hicieron en ella.

Ben Powers sonrió de nuevo.

-Mire. Tengo una idea. ¿Por qué no cena conmigo esta noche y así acabamos con todo eso?

-La verdad, señor Powers...

-Es en su beneficio. Cuanto antes pueda presentar el informe, antes se legalizará la herencia. Supongo que le gustaría terminar con el asunto tan pronto como sea posible.

Kay dudó. Powers movió la cabeza asintiendo.

-No la entretendré mucho, se lo prometo. Además, usted tiene que cenar de todas formas. ¿Por qué no me sigue?

-¿A dónde?

-Hay un sitio en la carretera de Burton... Maxwell's.

-Lo conozco.

-Bueno. Nos encontraremos allí.

Ben Powers se volvió y desapareció entre las sombras.

El aparcamiento del Maxwell's estaba bien iluminado, pero la penumbra reinaba en el interior del restaurante. Una vez sentados, Powers advirtió el ceño fruncido de Kay.

-Nada.

Ella miraba la carta.

-Había olvidado que la especialidad de este restaurante es el pescado.

-¿No le gusta?

-No especialmente.

-También tienen buena carne. Y buenas bebidas. Le recomiendo que tome una.

Primero trajeron las bebidas. Powers le sonreía en aquella semi-oscuridad.

-Su difunto marido... -dijo-. ¿También odiaba el pescado?

-¿Por qué pregunta eso?

-Sólo por curiosidad. Por los informes que he visto, estaba pescando cuando sufrió el accidente.

La sonrisa de Powers se desdibujaba entre las sombras.

-¿*Realmente*, le desagradaba a su marido el pescado, señora Keith?

-No lo sé. Nunca comíamos pescado cuando estábamos casados, pero era por mí.

-No. Es algo relacionado con mi infancia...

Kay se detuvo, frunciendo el ceño.

-¿Qué tiene que ver todo esto con el inventario de la herencia?

-Lo siento. Supongo que me interesa lo que dice el informe. O mejor aún, lo que no dice. ¿No le parece curioso que se disponga de datos tan poco precisos? En mi trabajo se tiende a ser muy riguroso en cuanto a los detalles. Le pido disculpas.

Powers sacó un bloc de notas y un bolígrafo.

-Empecemos antes que llegue la cena -dijo.

Sus preguntas eran rutinarias y las respuestas de ella mecánicas. Poco a poco la irritación inicial fue desapareciendo; ahora que tenía la sensación de haber colocado las cosas en su sitio, no había por qué preocuparse.

Cuando llegó la ensalada, Powers guardó el bloc en el bolsillo. La comida era buena y, con sorpresa, Kay reconoció que se estaba divirtiendo. Ben Powers resultó ser un acompañante agradable, una vez que había dejado de jugar al inquisidor. Cuando terminaron de comer y les sirvieron el café y los licores, Kay se sintió totalmente relajada. Se preguntaba si Ben Powers estaría casado.

-¿Se siente mejor? -preguntó él, sonriendo a través de las sombras.

-Mucho mejor, gracias.

-Le agradezco que haya venido. Probablemente me ha salvado de un destino peor que la muerte.

-¿Tanto como eso?

Powers se encogió de hombros.

-¿No se ha fijado que la sociedad castiga a los tipos solteros?

se dijo Kay... Entonces, rápidamente, retornó su atención a la voz de Powers.

-Mire los anuncios de los hoteles de Las Vegas. En la parte de arriba, grandes letreros con precios de ganga... Pero cuando llegas a la última línea, siempre se especifica que es para dos. Y cuando vas solo a un restaurante, no importa lo bueno que sea, te sientan en una horrible mesita, justo al lado de la cocina.

-Por eso trato de evitar los lugares donde sirven pescado -dijo Kay-. Cada vez que los camareros pasan por esas puertas, me llega un terrible olor a pescado frito...

Se produjo una pausa momentánea y, de alguna forma, pensó Kay, Heisinger deb perplejidad. Entonces habló de nuevo.

-Eso es imposible.

-¿Qué quiere decir?

-Estoy seguro de que no estaba en la casa, porque yo estuve con él justo después que usted abandonara la oficina esta tarde.

-¿Dónde se reunieron?

-En el depósito de cadáveres de Pierce Brothers. Murió de un ataque al corazón, hace dos días.

Las luces del apartamento de Kay estuvieron encendidas toda la noche, pero las sombras permanecieron. Sombras de duda, que crecían cuando cerraba los ojos y trataba de dormir.

Cuando acudió a su cita en la oficina de Heisinger, a la mañana siguiente, las sombras todavía estaban allí, en sus ojos, y lo que era peor para una modelo profesional, bajo sus ojos.

Heisinger suspiró.

-Supongo que tiene razón. Parece que Lovecraft no es la clave del problema. Por cierto...

Kay miró al hombre, mientras éste cogía la libreta de teléfonos del cajón del escritorio.

-  
-dijo ella.

-Buscar un cerrajero. Un cambio de cerradura impedirá que entre otra vez ese intruso en la casa, sea quien sea y busque lo que busque. Y también le sugiero que ponga una cerradura nueva en la puerta de su casa.

-El Templo de la Sabiduría Sideral. Una de esas curiosas organizaciones. Hacen publicidad en los folletos comerciales. Quieren una persona esbelta. Nada de alta confección ni joyería, sólo ropa de sport. Bedard ha hablado ya con ellos y, si vas, se encargará del reportaje. Pero les gustaría tener una entrevista contigo antes.

-¿No bastaría con que les mostraras el álbum? Sabes que odio esas entrevistas.

-Mira nena, te pagarán tres veces lo normal por una hora de sesión, más el aumento por horas extraordinarias. Vale la pena sufrir un poco por eso. De modo que ve allí. Preguntá por el Reverendo Nye.

Eran exactamente las dos en punto, cuando el coche de Kay se paró y aparcó frente al 1726 de South Normandie. Antes de echar la moneda de diez centavos al marcador de aparcamiento, dudó unos instantes.

Sobre la amplia entrada de la casa de dos pisos se leía, en un gran letrero de madera, *Templo de la Sabiduría Sideral*. Daba la impresión que tanto el letrero como las gruesas cortinas rojas que cubrían las grandes ventanas, situadas a ambos lados de la puerta, habían sido colocadas recientemente. Kay supuso que aquella estructura de piedra, habría sido antiguamente un templo de Mammón o, más probablemente, una caja de ahorros y préstamos, que debió abandonar el vecindario, por no considerarlo capaz de ahorrar mos.

Pero allí dentro, estaban dispuestos a pagar trescientos dólares por una hora de trabajo Es una visita

*Visita inevitable.* ¿No se sentirían así las prostitutas en su oficio? Conducir hasta una dirección extraña, para acudir a una cita con un hombre extraño, que iba a alquilar su cuerpo por tres billetes la hora.

Mientras atravesaba la puerta, Kay recordó que existía una diferencia entre fotografía y pornografía, al menos en un punto. Por supuesto, tenía una parte de insinuaciones y proposiciones; después de todo era un riesgo ligado a la profesión. Pero ella no posaba en ropa interior, ni desnuda, y realmente tampoco había tenido nunca ningún problema serio. En la actualidad, solían respetar bastante a las modelos.

de libros de bolsillo, tomos encuadernados en rústica, revistas y periódicos, ocupando los rincones y, dispuesto de cualquier forma, a cada lado del escritorio, en el centro de la habitación. El ratón de biblioteca, sentado tras la mesa, le dio la bienvenida.

-Paz y sabiduría para usted -dijo suavemente.

Su voz tenía un acento melodioso que no pudo situar.

-

Él se levantó, extendiéndole la mano, calzada con un guante blanco.

Kay la estrechó, preguntándose si habría advertido su sorpresa; aparentemente no, porque sonrió.

-El caballero de la agencia debió habérselo indicado -dijo-. Seguramente, no esperaría que yo fuera negro.

Aquello era el disparate del año, pensó Kay. Y, aunque Max Colbin la hubiera prevenido, no habría estado preparada para lo que estaba viendo.

Porque el Reverendo Nye era un negro de negativo, como de carbón, o como el as de espadas<sup>12</sup>. Por su acento, podría ser de las Antillas, probablemente jamaicano. Pero con su color de azabache, traje oscuro y los discordantes guantes blancos, parecía un antiguo actor cómico representando el papel de negro.

Kay intento devolverle la sonrisa.

-El caballero de la agencia debía habérselo dicho a usted -dijo ella-. Da la casualidad de que él también es negro.

-*Touché*. -El Reverendo Nye rió entre dientes-. Bueno, cada día se aprende algo nuevo.

Rodeó el escritorio y empujó a un lado una de las cajas llenas de libros, dejando al descubierto un ím. Le indicó a Kay que se sentara.

-Disculpe las molestias -dijo-. Me he propuesto arreglar este lugar, pero nunca hay tiempo suficiente. Vivo demasiado ocupado estudiando. -El Reverendo Nye se acomodó en su asiento-. Es una pena que tengamos que hacer la distinción. Vivir y estudiar debería ser la misma cosa. ¿No está de acuerdo?

-Nunca he pensado en eso.

-Pocos lo hacen. -Asintió con seriedad-. Alguien debe iluminarlos y ese es el propósito de mi agencia. ¿Conoce las enseñanzas de la Sabiduría Sideral?

La pregunta cogió a Kay por sorpresa.

-La verdad es que no. Hay tantos movimientos nuevos actualmente: Haré Krishna, Cienciología...

Nuevamente se oyó su débil risa.

-Le aseguro que no existe ningún parecido. Y la Sabiduría Sideral no es nueva. Sus viejas anteriores a cualquiera de los credos actuales. Pero el caso es que muchas creencias están muertas en la

---

<sup>12</sup> *N. del T.*: Forma despectiva de llamar a los negros.

Todo, excepto la visión que provocó su decisión de volver: lo que distinguió al levantarse y mirar hacia la caja de libros.

Encima de todos ellos, había uno cuyo título no le dijo nada, *El Extraño y los Otros*. Pero el nombre del autor era H. P. Lovecraft.

-Debes estar bromeando.

Al Bedard miraba de reojo, malhumorado, a través del sucio parab camino hacia South Normandie y Kay iba a su lado, hundida en el asiento.

-Arrastrarme a un lugar como ese después del anochecer. No es seguro...

n un gemido, sólo un susurro. Un susurro perdido en la oscuridad.

Entonces, en silencio, las luces se encendieron.

Se produjo un murmullo entre los espectadores. También habían sentido el contacto con el vacío eterno y ahora, por un instante, formaban parte de él.

El fuerte sonido de un gong acabó con la eternidad. Una luz tenue resplandecía sobre la plataforma, mientras que una figura con túnica roja, surgía entre las sombras.

-¡Paz y sabiduría para vosotros!

Retumbó la voz del Reverendo Nye, que levantaba las manos bajo el manto escarlata, provocando el eco de la audiencia.

-¡Paz y sabiduría!

-¡Sabiduría Sideral!

-¡Sabiduría Sideral! -respondió el eco.

Invocaciones y respuestas. *Esto es un espectáculo*, se dijo Kay.

Pero funcionaba.

Funcionaba como algo mágico, porque era mágico. La música y el incienso, la oscuridad y la luz, las túnicas y la ceremonia funcionaban ahora y habían funcionado siempre. Los brujos y hechiceros proferían sus conjuros en el Sabat, los druidas recitaban sus runas ante los dólmenes, los curanderos farfullaban en las junglas, y la magia ocurría.

El Reverendo Nye, con su túnica roja, no era un curandero. Pero cuando levantaba sus manos enguantadas de blanco, con su ademán de anciano, ante un moderno micrófono, era un acontecimiento. Los individuos se confundían paulatinamente con la totalidad de la audiencia; la audiencia se convertía en seguidores; los seguidores se convertían en creyentes.

Él hablaba y Kay observaba cómo ocurría, escuchaba cómo ocurría. Nuevamente, igual que había sucedido en la entrevista de la tarde, la vista y el sonido parecían extrañamente confusos.

Pero aunque frecuentemente se le escapaba a Kay el significado exacto de sus palabras, el sentido era transparente, evocado por imágenes, que se reflejaban caprichosamente a través de la bruma, invocadas por

*Azazoth, Yog-Sothoth, Shub-Niggurath* Las palabras eran sílabas sin significado, pero las sílabas sin significado eran nombres; nombres pronunciados por labios humanos en un esfuerzo inútil para identificar las realidades que ellos representaban.

Las realidades de los Grandes Diablos esparcidas por el espacio exterior, que venían a reinar sobre la Tierra, antes que la humanidad surgiera del primitivo cieno, acatando el mandato, para servir y cooperar en sus deseos. El hombre estaba creado para adorar y obedecer a los Grandes Diablos, quienes concedían el don de la vida. Existían pruebas de ese vínculo, pruebas en las leyendas de todos los pueblos, recientemente

Velikovsky sobre los «astronautas» de otros planetas y las «carrozas de los  
-símbolos de los viajes de los Grandes Diablos a través del espacio y del tiempo.

Incluso quedaban algunas pruebas materiales, y todavía podían encontrarse.

en el mandato de los maestros inmortales, a quienes erigieron templos los hombres en la Atlántida, Lemuria y Mu. En las torres desaparecidas en la prehistoria y en la bíblica torre de Babel, destruida por el diluvio.

Fue el diluvio, producto del cataclismo, que había fraccionado y sumergido continentes, a causa de temblores producidos por el paso de enormes cometas, quien derribó los templos de los Grandes Diablos. Quedaron enterrados bajo el peso aplastante de los océanos o las m

De alguna forma, una pequeñísima parte de la humanidad sobrevivió. Sobrevivió miserablemente durante épocas interminables de movimientos glaciales y evolucionando sólo gradualmente hasta una  
entre las culturas nuevas, se conservaron algunas de las antiguas como mitos, falseadas para formar las bases de las religiones nacientes. Algunos de los conocimientos también se conservaron por su vinculación con las construcciones de Stonehenge y Zimbabwe, los templos mayas, Angkor Wat y la Gran Pirámide.

Pero todo esto fue manipulado por los nuevos dirigentes religiosos en favor de sus propios fines. Negaron la existencia de los Grandes Diablos, enmascarando su recuerdo bajo el disfraz de demonios - Ahriman, Set, Baal, Satán.

Mas no pudieron enmascarar el recuerdo racial, que todavía surgía en los sueños de los hombres y en sus expresiones artísticas. Siempre el inconsciente colectivo ha conservado un indicio de la verdad y existe  
a astrología sino una muestra simbólica de la influencia de las estrellas? Las estrellas de las que vinieron los Grandes Diablos para regir nuestros destinos.

La clase religiosa dirigente siempre ha pretendido desacreditar la verdad, rechazando este conocimiento como algo pernicioso. El hombre cayó, dicen, porque hizo algo que estaba prohibido. Y fueron sus dioses, en

singular o en plural, quienes enviaron diluvios o cataclismos como castigo. Siempre, los hombres que hablan, en nombre de sí mismos y de sus dioses, afirman que poseen toda la sabiduría.

Por eso, las sectas y los cismas, las guerras y las conquistas, las divisiones dentro de las naciones, la rivalidad de doctrinas, nacen en el fuego y la sangre, llevando a la destrucción de muchos para que unos pocos puedan dirigir.

Todavía quedan personas llenas de fe. Siempre han habido unos pocos elegidos, los iniciados no engañados por las deformaciones y los fraudes de sus maestros mortales. Ellos recuerdan a los Grandes Diablos.

Y los Grandes Diablos los recuerdan a ellos.

Porque no han muerto. Unos seres capaces de atravesar la inmensidad del espacio, son inmortales. Podrán estar sepultados debajo de titánicas inmensidades de hielo o encerrados en grandes ciudadelas bajo el oleaje del mar. Sepultados pero aún conscientes. Durmiendo durante evos, que para ellos sólo significan instantes. Agitándose en su letargo para enviar los sueños. Sueños que invaden las mentes de los no creyentes a guisa de pesadillas, pero que a los creyentes les ofrecen una nueva religión, una nueva esperanza de que un día, cuando los Grandes Diablos despierten, volverán a reinar.

Enterrado en R'lyeh, el Gran Cthulhu yace esperando, esperando el momento en que las estrellas sean propicias y recobre el poder para liberarse. Ese momento está muy próximo y el poder se conserva potencialmente, depositado en escritos secretos que los fieles han guardado a través de los años. Es ese poder, ese conocimiento, el que se expresaba en la Sabiduría Sideral.

-Os traigo noticias -entonó el Reverendo Nye-. La abrumadora espera llega a su fin. Las constelaciones se agrupan en su curso cósmico. El terremoto del pasado mes fue una muestra de lo que está decretado. Las fuerzas establecen un paso hacia el futuro. Pronto las montañas serán como motas de polvo, las barreras glaciales desaparecerán, el mar entregará sus secretos.

»Muchos se perderán. Los sacerdotes de falsas religiones y los falsos profetas, a quienes los hombres llaman científicos, junto con todos sus seguidores. Serán tiempos espantosos para tiempos de triunfo para nosotros. Aquellos que crean, sobrevivirán.

Mientras hablaba, sus manos enguantadas se alzaban gesticulando.

»Para algunos, sé que esto parecerá totalmente absurdo. Para otros es una blasfemia, o tal vez una estúpida superstición. Y os preguntaréis, ¿quién es este charlatán?

La modulación de su voz cambió bruscamente.

»O quizá diréis ¿quién es este y qué es toda esa palabrería que nos está colocando? Amigo, ya tenemos demasiados sufrimientos, no queremos saber qué va a ocurrir.

El Reverendo Nye sonrió y se encogió de hombros.

»Bueno, de cualquier modo que la expreséis, una duda es una duda. Te pone en el camino de la verdad y puede ser disipada.

»Así que ahora es el momento de la verdad.»

Mientras hablaba, sus manos se escondieron tras el atril, y aparecieron nuevamente, sosteniendo una caja o cofre.

Kay miró fijamente el objeto rectangular. Tendría aproximadamente treinta centímetros por cuatro y una profundidad también de unos cuatro centímetros. Estaba hecho de un metal amarillento, deslustrado por el tiempo. La superficie exterior presentaba unos grabados de figuras contorsionadas, apenas visibles entre las sombras. Y la tapa parecía profusamente cincelada.

El Reverendo Nye, colocó la caja sobre el atril. Se oyó el murmullo de la gente, y después el silencio. Kay se sentía ansiosa y expectante. Del calor de la multitud apiñada surgió un escalofrío, un indicio de temor.

Entonces, el Reverendo Nye presionó la caja por un extremo, la tapa se abrió de golpe y arrojó entre las sombras una lanza de luz, de una luz vibrante y deslumbradora, procedente del interior de la caja de metal.

El rostro de Nye se bañó con su resplandor. Sus brazos se extendieron y su voz se elevó.

- ¡obsequio de los Grandes Diablos, que surge del mar al igual que ellos lo hacen! ¡He aquí el don de la verdad, enviado desde las estrellas para daros la libertad!

Inclinó la caja hacia delante para mostrar la fuente de luz del interior. Era un enorme cristal, sujeto por barras horizontales de metal. Su superficie tallada en facetas, despedía un brillo luminoso hacia los ojos de la audiencia.

Kay trató de apartar la mirada de aquel resplandor deslumbrante, pero no había escape; el fulgor intenso magnetizaba la vista. La luz estaba omnipresente y la voz también.

explicar la reacción de la audiencia y también su propio comportamiento. Se esforzaba por recordar lo que había visto y oído, como si estuviera andando a tientas entre los recuerdos borrosos de un sueño. Y poco a poco, llegaba en destellos en facetas, como las facetas del cristal. *Ojos fijos. Bocas gritando. Jóvenes caras blancas, negras, marrones y amarillas.*

Pero había algo más, algo importante, algo que sabía que debía recordar, retrocediendo en la niebla a los  
n. Una visión que no concordaba con los demás, con los jóvenes.

Cuando se levantó para salir, vio la cara. La cara entre las sombras del final del pasillo; una cara que no era joven.

Era la cara de un hombre que decía llamarse Ben Powers.



preguntándose si podría escapar de allí, correr hasta el baño y cerrar la puerta. El extraño levantó la vista y

-No se mueva -dijo abriendo la bolsa-. Tengo algo para usted.

Su mano se hundió en el bolso y Kay respiró profundamente, preparada para lanzar un grito cuando sacara el cuchillo.

Pero no era un cuchillo.

En lugar de eso, la mano salió sosteniendo un libro de bolsillo. Kay no logró leer el título; todo lo que alcanzó a ver, fue un destacado letrero sobre el lomo, que revelaba el nombre de su autor.

-H. P. Lovecraft -murmuró Kay.

-Así es.

El extraño le alcanzó el libro.

-Léalo.

-¿Por qué he de hacerlo?

-Porque es importante para que pueda entender lo que está sucediendo.

Colocó el libro en la mano de ella.

-Léalo.

Kay negó con la cabeza.

-Las respuestas que necesito no están en un libro. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Mató usted a Ben Powers?

El intruso sonrió irónicamente.

-Hizo las preguntas correctas, pero en orden equivocado. Primeramente, yo no tengo nada que ver con la muerte de Ben Powers. Sufrió un ataque al corazón y puede comprobarlo si no me cree. Supongo que ya se imaginará el resto. Usé el nombre de Ben Powers para llegar hasta usted, para averiguar qué sabía sobre su difunto esposo y su posible implicación en este asunto.

-¿Cómo supo que mi teléfono estaba estropeado?

-Porque yo corté la línea.

El extraño alzó la mano para acallar la respuesta de Kay.

-Me figuré que podría actuar precipitadamente, cancelando su cita para la sesión o hablando con el director del banco.

-¿Por qué no podía hacerlo?

-Hablabamos más tarde de ello. Después de que haya leído el libro.

-Todavía no me ha dicho quién es usted.

-Mi nombre es Mike Miller. Pero eso no es importante.

Podía haberlo dicho al principio. ¿Por qué tanto secreto?

-Medidas de seguridad.

-¿Es usted agente del gobierno?

-No oficialmente.

Kay lo miró con fijeza.

-Oiga Miller, si ése es su verdadero nombre. Admita que me ha estado mintiendo todo el rato. Y no diciendo la verdad. ¿Por qué tengo que creerle?

-Me da lo mismo que me crea o que no. Lea el libro.

Levantando la bolsa, dio vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Miró a Kay mientras descorría el cerrojo.

-No pierda tiempo. Volveré esta tarde. Tendrá conectado el teléfono después de que hablemos.

Entonces se fue.

Kay se quedó mirando la puerta cerrada. Esperó el tiempo necesario para que él hubiera podido salir a la calle. Luego se acercó a la ventana y miró hacia abajo. Para su tranquilidad, reconoció el coche

desaparcando junto al bordillo y también pudo alcanzar a verlo a él al volante. Al menos era verdad que se

Kay se volvió, tirando el libro sobre la mesa, fue hasta el armario. Cogió el bolso de la estantería y se dirigió a la puerta. La abrió y atravesó el umbral.

Un hombre se interpuso en su camino.

No pudo ver su cara en el oscuro vestíbulo, pero no importaba. Toda su atención se centró en una pequeña automática, que de golpe pareció materializarse en la mano derecha de aquel hombre.

-Perdone, señora -dijo suavemente.

Kay retrocedió cerrando la puerta en sus narices. Corrió el cerrojo y, dándose vuelta, dejó el bolso sobre la mesa. Tomo el libro, *El Horror de Dunwich y Otras Historias*. Si no había más remedio que leer, era mejor relajarse y entretenerse.

Sentada en el sofá, miró su reloj. Las once.

Entonces abrió el libro.

La vez siguiente que miró el reloj, eran las dos de la tarde y alguien llamaba a la puerta.

-¿Ha leído el libro? -preguntó Mike Miller.

Kay asintió.

-Desde el principio hasta el fin.

-¿Y?

-Era todo un escritor, si es a lo que se refiere. Francamente, a mí nunca me interesó la fantasía.

-

-Entonces, ¿qué pasa?

-Suponga que Lovecraft no era un escritor de fantasía.

Kay frunció el ceño.

-No esperará que me crea esas historias, ¿verdad? Ahora entiendo por qué quería que lo leyera. De aquí sacó el Reverendo Nye todo ese rito absurdo. Copió hasta el nombre, la Sabiduría Sideral, de uno de los cuentos de Lovecraft.

-*El Frecuentador de la Oscuridad*.

-Sí. Y de ahí extrajo la idea de ese artilugio de cristal que montó. Lovecraft lo llamaba el Trapezohedro Brillante ¿no? Nye se adaptó a la descripción del relato.

-Muy ingenioso, ¿verdad? -dijo Mike Miller.

-Mucho. Engañó a toda esa gente, no cabe duda.

-Y usted, ¿cómo reaccionó?

-¿Yo?

-La miré durante la ceremonia. No aparté los ojos del cristal.

Kay se encogió de hombros.

-Claro, aquello era una hipnosis colectiva.

-¿Y qué es una hipnosis colectiva?

-Bueno, ya sabe -dijo Kay-. Es como esos trucos de los indios. El mago que enloquece a la gente, haciéndoles ver cosas que no existen.

-¿Cómo?

Kay gesticuló impacientemente.

-No me pregunte. No soy psicóloga.

-Exactamente -sonrió Mike Miller-. Los psicólogos rechazan esas ideas absurdas de la hipnosis colectiva. Saben que los magos pueden usar artilugios y dispositivos mecánicos para crear ilusiones. Pero también saben que ninguna persona puede hipnotizar a todo un grupo. Siempre se transmite uno a uno. Hay gente que, por varias razones, son especialmente susceptibles a la sugestión. Si están en una audiencia donde un sujeto ha sido hipnotizado, pueden reaccionar de la misma forma. Pero eso son excepciones y responden sólo como individuos. No existen cosas como la hipnosis colectiva.

-Entonces, ¿qué ocurrió en la Sabiduría Sideral la noche pasada?

-Algo que los psicólogos no pueden explicar.

-¿No pudo haber usado impostores, falsos lisiados que fingían ser curados?

-Es posible. Pero ¿qué hay del fenómeno? ¿Qué hay de aquella niebla, que parecía atraparlos en un sueño? La sintió ¿verdad?

-Sí.

-Porque es la única que tiene posibilidad de observar lo que ocurre detrás de los escenarios.  
-Yo pensaba que ustedes, los agentes de seguridad, tenían gente especializada en ese tipo de cosas.  
-La tenemos. Ultimamente, hemos intentado, dos veces, llevar a cabo una operación dentro del grupo de Nye. La primera vez un negro, y la segunda un chicano, se hicieron pasar por miembros de la secta.  
-¿Qué ocurrió?  
-Eso quisiéramos saber. Han desaparecido.  
Kay miraba a Mike Miller.  
-¿Y usted espera que yo corra el mismo riesgo?  
-Con usted no sería lo mismo. Tiene una entrada justificada. Y no fue a buscar a Nye, sino que Nye la usted.  
-¿Qué es lo que le hace pensar que podría encontrar algo si accediera a hacerlo?  
-No digo que lo encuentre. Pero, al menos, existe una posibilidad. Por una parte queremos averiguar dónde tiene Nye su cuartel general.  
-¿No vive en el piso sobre el templo?  
-Eso es sólo una fachada. Nuestra gente consiguió darnos algunos informes antes que los perdiéramos de vista. Nye los estaba adoctrinando; es decir, les iba a dar un puesto especial para la admisión dentro de o llegaron a ser merecedores de ello. Desde que desaparecieron, hemos vigilado el templo, esperando que Nye saliera. Lo hizo una vez, la semana pasada, y lo seguimos.

»Los que creían se convertían en *fedais*, los creyentes, y se les entrenaba en todos los metodos secretos para asesinar. Despues los enviaba a matar, introduciéndolos en los séquitos o en los campos militares, para estrangular o apuñalar, en plena nocne, a las víctimas escogidas.

»Créame, funcionaba. Funcionaba tan bien que cientos de Ideres y oficiales murieron, y otros miles pagaron el tributo para salvar sus vidas. Funcionó entonces, y todavía hoy funciona.»

---

<sup>13</sup>N. del T.: *En castellano en el original.*

N. del T.: *En castellano, asesinos.*

- Porque en el cuatrocientos de Lampton Drive no hay ninguna casa. Es un museo privado.
- ¿Un museo?
- Como el de Getty, unas cuantas millas al sur. Pero éste es de otra clase. Fue construido por algo llamado Fundación Probilski. Y se supone que no se inaugura oficialmente hasta el mes que viene.
- No lo entiendo.

os sobre el asiento trasero, no se desplazaron ni un ápice. Kay, de repente, se sintió totalmente segura, pensando que actuaría con la misma pericia cuando llegara el momento de manejar el equipo; probablemente interpretaría su papel de fotógrafo sin ningún tropiezo. Entonces, ¿por qué había tenido miedo?

-Niebla -dijo Fintree, mientras se dirigían hacia el norte. ¿De dónde vendrá?

Venía del mar, por supuesto, y eso era lo que asustaba a Kay: el mar y lo que generaba. Cosas sumergidas, ocultas por la niebla, que se arremolinaban junto a la carretera, como si surgieran de cortinas ondeantes formadas por oscuras nubes fantasmagóricas. Cosas sumergidas ¿Era Albert Keith una de ellas?

Kay parpadeó, al unísono con los faros delanteros, cuando Elstree amortiguó la luz y disminuyó la

-Es mejor ir con cuidado -dijo.

Kay asintió. *Sí, tómatelo con calma. Olvida a Albert Keith. El está muerto y tú estás viva. Eso es lo importante.*

-No me gusta el aspecto de este lugar.

-Bueno. Quizás esto le ayude. Hemos averiguado que la fundacion es auténtica, creada en 1974 por Donald Probilski, un petrolero de Shreveport, uno de esos mecenas. Murió hace dos años. Su viuda Elsie heredó, y administra la fundación. Averiguamos la fecha en que se compró el terreno y a quien le fue comprado, más la de la escritura y los permisos para construir el museo. Aparte de pequeños detalles, usuales en procesos organizativos, el asunto parece inmaculado. J. C. Higgins se encargó de la obra. Es una gran empresa constructora que trabaja fuera de Long Beach. El lugar será oficialmente abierto el mes  
días a la semana. El encargado del museo es un tipo que trabajaba en la biblioteca de la universidad de Wyoming. ¿Le hace sentirse mejor?

<sup>15</sup>*The Strange High house in the Mist,*

tamaño natural, de lo que la muerte deja atrás: cuatro canopes conteniendo el hígado, pulmones, estómago e intestinos de los difuntos. Los cuerpos, de donde fueron extraídos esos órganos, descansaban en ataúdes para momias, con los corazones todavía intactos, dormidos a través de los tiempos. Caras cuidadosamente protegidas, para que al encontrarse con los cuarenta y dos jueces de la muerte, éstos puedan reconocerlos.

Y desde las paredes triangulares, surgían grandes figuras de cobre, bronce y piedra. Criaturas esculpidas con cuerpos humanos y cabezas de animales: los dioses de Egipto.

Apis, con la cabeza de buey, Hathor con los cuernos, Sebek, el saurio de trompa, y Horus, con el pico de halcón, se erguían orgullosos. Bast y la Madre Sekhmet, inclinadas, mostrando sus feroces colmillos; Thoth con la silueta de ibis, Anubis, con hocico de chacal, se alzaban en la luz mortecina. Tras ellos, Nekhebet, con su cabeza de buitre, miraba fijamente la gran cabeza de carnero de Amón, el cráneo de escarabajo de Khepri. Buto, el hombre serpiente, y Typhonian, el animal que descansaba sobre Set, el Señor del Mal. Por encima de todos ellos, se erguía una figura, con la túnica cubierta de plumas, empuñando el cetro *uas* y llevando la corona *atef*-Osiris, Rey de la Muerte.

Él miraba y desconfiaba.

-dijo Elstree-. Desde aquí puedo enfocar bien con la cámara.

Nye asumió la dirección, dando instrucciones en voz baja. Lo que quería, obviamente, era una serie de primeros planos de Kay. Pero cada plano, tenía como fondo una estatua distinta: Buto, con la cabeza de serpiente; Nekhebet, con cuerpo de buitres; Osiris, con su ojo que todo lo ve. De nuevo, el manejo de las luces y la composición parecían una rutina; la diferencia recaía en las instrucciones que el Reverendo daba a la modelo.

-Recuerde la otra noche -murmuró Nye-. Recuerde el aspecto de aquella pobre gente sufriendo, cuando se aproximaban al altar. Eso es lo que quiero: la intensidad, la concentración absoluta en el enigma de la existencia. Quiero que vea la razón de por qué están ahí esas estatuas, símbolos de dioses, que son, a su vez,

símbolos de un mayor poder. Mire el ojo de Osiris y vea lo que él ve: el secreto de la vida y la muerte, el secreto de la eternidad. Renovación y reaparición, repitiéndose indefinidamente. En el ojo de Osiris, usted misma es solamente un reflejo y cuando el ojo se cierra, usted desaparece, para reaparecer solamente cuando él recupere la vista.

Kay oía su voz monótona al otro lado del círculo de luces, atrayéndola hacia la oscuridad. Escuchando, obedecía; obedeciendo, creía. Mientras miraba, casi pudo sentir que el ojo de Osiris le devolvía la mirada, con una conciencia propia. Y si lo entornaba, podía dejar de existir.

Silenciosamente, agradeció el sonido de aquella voz; la voz que la devolvió a la realidad.

-Hagamos unas cuantas más de perfil -dijo Elstree-. Levanta la barbilla, sólo media pulgada. Así, vamos...

Cuando por fin terminaron, Kay estaba agotada. Se sintió totalmente agradecida a Elstree cuando retiró los focos deslumbradores, y a Nye por amortiguar la luz de las lámparas de arriba. La habitación quedó de nuevo sumida en sombras. Ahora no necesitaba mirar a los dioses grotescos, ni observar el ojo de Osiris y ver su mirada en la de ella.

Elstree estaba desenchufando las conexiones, enrollando el cable, desmontando y empaquetando el equipo. Si pudieran salir de allí...

-Gracias por venir.

El Reverendo Nye los acompañó hasta la puerta.

-Pasado mañana tendré las pruebas listas -le dijo Elstree.

-Magnífico.

Nye se volvió y golpeó el plano de encima de la puerta.

-

La puerta se corrió.

En la entrada estaba el joven de barba, sosteniendo algo en la mano. Al verlo Elstree buscó rápidamente en el bolsillo de la chaqueta.

Gritó algo que Kay pensó que era:

-

Pero no podía estar segura, porque su voz se dirigió hacia fuera. Y después no oyó más. El hombre de barba levantó el revólver y disparó a la cabeza de Fred Elstree.

Kay sintió el contacto frío de la piedra del suelo contra su mejilla y su primera reacción fue la sorpresa. *Yo no soy de las que se desmayan*, se dijo. Entonces recordó lo que había visto y su horror. *Pero sobrevino sin ruido. Debí utilizar un silenciador.*

Ahora sí había ruido; el murmullo bajo de unas voces. Kay abrió los ojos. Desde donde estaba echada, sobre el suelo de la sala del museo, vio al hombre de barba hablando con Nye, detrás de la puerta. No pudo verlo, ni lo que contestó Nye. Pero éste asintió y, pasando junto al cuerpo de Elstree, entró en la sala. Kay se sentó, y él se dirigió hacia donde estaba, con la negra cara inmóvil, la voz inexpresiva.

-¿Está armada? -preguntó.

Kay negó con la cabeza.

Se apartó cuando él extendió la mano, pero ni siquiera la tocó. En lugar de eso, cogió el bolso que estaba en el suelo, junto a ella. Lo abrió y lo volcó para vaciar su contenido. Cayeron una polvera, unas laves, una

Cuando Kay se levantó, apoyándose sobre el codo, Nye la ayudó a ponerse en pie. Antes de que ella pudiera darse cuenta, sus manos enguantadas se deslizaron por su cuerpo en un registro experto.

-Me sorprende que en usted no hayan instalado ningún micrófono -dijo-. Por supuesto, no habría existido ninguna diferencia.

-¿De qué está hablando?

Nye movió la cabeza.

-No gaste saliva. Sólo dé las gracias por estar viva aún. Jody quería liquidarla como a los otros.

-¿Otros?

-Esos dos de la camioneta de fuera -dijo, asintiendo con la cabeza-. Supongo que estarían demasiado ocupados escuchando el intercomunicador, para advertir su llegada. El silenciador es un invento cruel, pero útil.

-¿Están muertos?

acabando. El mundo que usted conoce, el bonito mundo de la razón, la moralidad y la humanidad. Los Grandes Diablos bla anunciando su llegada. Solo los elegidos serán perdonados. Y usted es uno de ellos, destinada a desempeñar un papel especial en lo que ocurrirá. Por eso la elegí para salvarla.

Nye levantó la mirada al abrirse la puerta. Jody entró con el revólver en la mano. Los dos fueron al extremo opuesto de la sala, donde las estatuas cavilaban en las sombras.

Fue una conversación susurrada. Jody asintió y empezó a andar hacia Kay. Todavía empuñaba el arma.

-¡Dese la vuelta! -dijo.

-¿Qué?

-Dese la vuelta y póngase cara a la puerta.

Su voz no tenía matices, pero el revólver se alzaba con autoridad y Kay obedeció.

Se colocó allí. Sintiendo la presencia de Jody justo detrás de ella. Entonces sintió algo duro y frío entre los omoplatos. *Va a matarme*, se dijo.

Bruscamente la presión cedió.

-No sude, señora -dijo Jody-. Relájese.

Cuando el hombre barbudo bajó el arma, Kay se volvió y dirigió su mirada por encima de él, tratando de avistar a su acompañante. Pero todo lo que pudo ver fue el semicírculo de estatuas sumidas en la oscuridad de la pared del fondo.

-¿El Reverendo Nye?

-Se marchó.

Eso era obvio. ¿Pero como la había dejado con él? La puerta estaba cerrada y no había ninguna otra salida en aquella habitación sin ventanas. La mirada de Kay se encont

Volvió la vista atrás, al ojo de Osiris, el Soberano de los Infiernos.

*Los Infiernos.*

Kay bajó la vista a la zona sombreada, detrás del pedestal. Casi tropezó con un anillo de metal, unido a una placa de aluminio, colocada a nivel del suelo.

Tiró de la arandela; la tapa, pesada y redonda, estaba perfectamente contrapesada, de forma que se abrió y silenciosamente, sin ningún esfuerzo.

Cayó de rodillas, mirando la oscura abertura de abajo. Por ahí había salido Nye, por una trampilla. No había escalones, sólo una serie de travesaños que formaban una escalerilla.

Pero, ¿adónde conducía?

Avanzó sin dudarlo más. El pasillo era húmedo y el olor del mar estaba en todas partes. El eco de sus pasos se mezclaba con el rítmico retumbar de las olas, chocando contra los muros del exterior. Tal como había pensado el túnel bordeaba el interior de la roca. Pronto, Kay perdió toda visión de la abertura, que tenía aberturas a cada lado, como si toda la roca estuviera llena de cuevas y pasadizos, pero ella los ignoró, concentrándose en seguir el camino central iluminado. La corriente constante de aire que llegaba le traía esperanza, haciendo que acelerara su paso.

Cuando llevaba un buen rato de camino, se dio cuenta de que gradualmente cambiaba el sonido. El eco de sus pasos era constante, como el rugido amortiguado del oleaje a lo lejos, pero ahora se oía algo más, algo que llenaba los intervalos entre las fuentes embestidas de las olas. Era el ruido de una cosa que se movía, no fuera, sino *dentro*.

La curiosidad la incitó a mirar uno de los cajones de su derecha; se paró y con sus dedos, agarró el asa de helado metal que se extendía sobre la delgada cubierta de aluminio. Al tocar el revestimiento, éste se enrolló, mostrando lo que se hallaba debajo. Sólo era otra capa protectora, esta vez u delgado,> pero lo bastante transparente para permitir ver lo que había en el interior.

Bobinas de alambre, tubos enredados, espirales por donde burbujeaba un líquido turbio que brillaba tenuemente. Los cables se enrollaban y retorcían, para terminar en una abrazadera que se unía a un cuerpo

uido de su respiración cansada. Y entonces...

El *otro* sonido.

El eco sordo y cambiante en la distancia. El retumbar de las puertas, puertas metálicas abriéndose tras ella a los lados del pasillo.

Kay miró hacia atrás, abarcando toda la porción de pasillo desde donde había torcido. El espacio estaba vacío, la distante oscuridad desierta.

Pero desde algún lugar que había dejado atrás, el sonido se extendía hacia ella, cambiando de volumen mientras adelantaba. Había cesado el retumbar, pero en su lugar se oían los inconfundibles golpes secos de algo que se movía. Pero a diferencia de los pasos o las pisadas de garras de animales, la pauta de sucesión era irregular. Los golpes secos sugerían una especie de salto, acompañado de otros ruidos, como de arrastrarse y arañar, que provocaban la horrible insinuación de algo que, más que caminar, reptaba.

---

<sup>16</sup> *Cool Air.*

<sup>17</sup> *He. The Festival. The Terrible Old Man.*

<sup>18</sup> *The Picture in the House*

Haciendo un esfuerzo enorme, Kay se precipitó hacia allí, corriendo para alcanzar la salida. Por último, jadeando, gateó el trozo final de la pendiente. Y cayó.

Durante un momento quedó sin sentido, debido al golpe contra la piedra limosa.

Luego, al sentir un roce en el hombro, recuperó el conocimiento.

Trató de apartarse, pero el roce se convirtió en un apretón, el apretón de una mano implacable. Y con los balbuceos, los gritos jadeantes y los gruñidos salvajes, llegó el sonido de una voz.

-Kay, no te resistas, ¡por Dios date prisa!

Cuando Mike Miller la levantó, arrastrándola hacia fuera, abrió los ojos.

El resto fue una serie de aturdimientos, impresiones momentáneas, destellos de luz entremezclados con la oscuridad. Una visión fugaz del angosto saliente en la roca, por donde la boca de la cueva desembocaba en el mar, una mirada al motor de la lancha girando en el agua; la ansiosa cara de Mike observándola, mientras le ayudaba a subir al bote; la sensación de una vibración en su cuerpo postrado al acelerar el motor y empezar a moverse la lancha velozmente mar adentro, la última mirada a la abertura de la caverna, mientras el borde de la playa se alejaba.

En ese momento, la abertura estaba repleta de criaturas que surgían entre las sombras, aleteando, dando saltos, graznando, gimiendo, todo lo que en pocos instantes la habría atrapado. Pero aquellos instantes

Entonces se produjo el estruendo de una explosión, que expulsó la roca y la grava de la entrada de la cueva, mientras todo aquel gran peñasco parecía quebrarse con una convulsión cósmica. Un ruido ensordecedor, una luz cegadora y el dislocado movimiento del bote que provocó la caída de Kay. Los brazos de Mike Miller evitaron que se sumergiera entre las agitadas olas. Después todo fue oscuridad.

Pasaron veinticuatro horas hasta que Kay recobró la conciencia totalmente, pero sólo tenía recuerdos de lo que acababa de vivir. Recuerdos de sacudidas o de sonidos vagamente identificables.

El sonido del motor de la lancha, resollando con dificultad en su camino hacia la costa; la sensación de ser transportada, dando tropiezos, hasta un vehículo que esperaba; el calor confortante del hombro de Mike y las sacudidas del coche a toda velocidad; como la conducían desde un coche hasta un lugar donde otros  
nte el aumento de las vibraciones y el restablecimiento de la presión, cuando finalmente se convertía en un zumbido; nuevamente la sensación de ser transportada en coche junto a Mike. Un total aturdimiento que terminaba al hundirse en la agradable suavidad de una cama. Y ahora, inevitablemente...

-¿Dónde estoy?

Kay abrió los ojos y vio a Mike. Estaba junto a la cama, iluminado por la luz de la lámpara.

-En mi casa-dijo-. En Washington.

-¿Pero cómo?

-Hablares más tarde. Ahora, el Dr. Lowenquist quiere que descanses.

Mientras hablaba, tomó una botella y un vaso de la mesa auxiliar y llenó el vaso con el contenido de la botella.

-Una grabadora. Hemos estado grabando por si hablabas en sueños. A veces, estos aparatos que usan los espías pueden ser prácticos. ¿Empiezo con las preguntas?

Kay asintió.

-Adelante. Quizá podamos encontrarle algún sentido a esto.

Pero lo que Mike preguntaba y ella contestaba no parecía tener ningún sentido. Hasta que se cambiaron las tornas y Kay hizo las preguntas. Entonces, las respuestas de Mike explicaron cosas que ella no estaba preparada para oír, y mucho menos para entender.

-Por supuesto, acertaste respecto al *Aire Frío* -le dijo-. Sacase o no la idea de Lovecraft, las instalaciones criónicas parecían formar parte de un gran plan de Nye. Debí prometer a algunos de los neófitos más ricos el obsequio de una resurrección futura y la supervivencia cuando llegara el Gran Día. Sabemos, por ejemplo, que Elsie Probilski desapareció hace poco, después de donar la propiedad del despeñadero a la secta. Le hemos seguido a pista hasta una clínica privada, en las afueras de la ciudad de Méjico. Allí fue sometida a un tratamiento, nada ortodoxo, para curar el cáncer. Abandonó el lugar, repentinamente, hace pocos meses or completo. Es probable que esto esté relacionado con las actividades de Nye. Apostaría a que era uno de los individuos criogénicos que viste.

-

reo que, en términos técnicos, implican a la columna vertebral. Y algo sobre la atrofia de la caja torácica. Naturalmente es difícil de explicar. En este momento, todos lo que estudian el tema tienen su propia teoría. Lo único que puedo decir es que, gracias a Dios, la cara estaba destruida.

¡De qué forma tan distinta hablaba la gente en el teatro o en las películas! Allí la identificación de un r se producía por la consistencia uniforme de su estilo de conversacion. Pero en la realidad, el lenguaje de cada uno, los pensamientos, la verdadera personalidad, eran infinitamente más complejos.

Las palabras daban solamente una idea parcial, y servían como coartada. El Reverendo Nye era un ejemplo perfecto en la interpretacion de su papel; ella no entendía lo que podía motivar a aquel hombre, qué

científico, no llevaba bata blanca ni fumaba en pipa, como los que se veían en todas las películas de monstruos. Muchos mantenían una postura rígida y expresión seria, como las de las personalidades militares de alto rango, pero no llevaban uniformes que los identificasen. Al menos tres de los más jóvenes eran tan hirsutos como los seguidores del Reverendo Nye; sus chaquetas y tejanos eran tan anodinos como los parduscos trajes de los demás.

Entonces se volvió para preguntarle a Mike. Cuando iba a elevar su voz sobre el zumbido de la conversación, este desapareció repentinamente y todo se sumió en un silencio anticipador, sólo quebrantado por algunas toses nerviosas.

Un hombre alto, calvo, sentado al otro extremo de la mesa, bajo el mapa de la pared, se levantó pidiendo atención. Cualquier duda sobre su posición de rango, quedó disipada por la tremenda cantidad de carpetas y documentos amontonados ante él. Y sus palabras afirmaron su autoridad.

-La mayoría de ustedes no se conocen -dijo-. Y sólo unos pocos me conocen a mí. Pero no voy a perder tiempo con presentaciones.

Kay se estremeció al oír esa palabra. No era eso...

a a elevada velocidad. El mismo Lovecraft utilizó un meteorito como posible vehículo para una *El Color Surgido del Espacio*<sup>21\*</sup> pero, quizá intencionadamente, trataba de encubrir lo

---

<sup>19</sup> *At the Mountains of Madness*

<sup>20</sup> *The Shadow out of Time*

<sup>21</sup> *The Cobur out of Space*

»Item. El Pacífico Sur. Se ha informado y observado actividad volcánica durante los últimos meses en la zona entre el Ecuador y 46° de latitud sur, 131° a 150° de longitud oeste. Les ahorraré los detalles y citaré

---

<sup>22</sup> *The Dreams in the Witch-House.*

sólo algunos de los casos más importantes, porque, dentro de esos límites, casi todos los días se producían fracturas sísmicas en algún lugar. Un gran terremoto, seguido de un *tsunami* sin precedentes, hicieron que las islas de Gilbert y Ellice, quedaran inundadas. Alteraciones similares condujeron al desastre de Manihiki, provocando una cadena de destrucción en la zona de Célebes, Ceram, Timor y Tuamotu. Un nuevo temblor y la actividad del *tsunami* destruyeron todas las construcciones de la isla de Pascua. Eso fue la semana pasada. Temblaron las estatuas y no quedó un solo superviviente. Esto último no se ha dado a conocer públicamente, ni el tifón que azotó Pitcairn hace dos días. Todos los informes de las misiones de rescate han sido, y serán, sorprendentes. Cerca de la mitad de la población está muerta, y el resto, gravemente herida o en estado traumático, descrito por un médico oficial como una aguda esquizofrenia paranoica.

»Acompañando a este fenómeno, durante el mismo período de dos meses, se han producido otros sucesos misteriosos relacionados con la desaparición de avionetas, barcos de pesca, lanchas de motor y buques cargueros. La información de que disponemos a este respecto es incompleta, pero tenemos noticias de setenta y nueve casos.

Una de las mujeres de cabello gris levantó la mirada repentinamente.

-¡El Triángulo de las Bermudas!

El hombre alto negó con la cabeza.

-Estoy hablando de la misma zona del Pacífico donde ocurrieron los terremotos. Desde luego, el Caribe podría ser también una de sus madrigueras secretas.

-¿Madrigueras?

Un hombre de edad avanzada, con bigote, miró extrañado al orador.

-He usado el término deliberadamente. El Caribe, la Antártida, el norte de la meseta Siberiana, el Himalaya, algunas cavernas subterráneas en nuestro estado de Maine. Lovecraft aludió concretamente sobre todos esos lugares. Pero su principal interés y el nuestro reside en el Pacífico Sur. La *La Llamada de Cthulhu*<sup>23</sup>.

-Está eludiendo mi pregunta.

El hombre de bigote se habla puesto de pie y estaba mirando al hombre alto con indignación.

-Esas madrigueras de las que habla «deliberadamente», como señaló. ¿Qué ocurre con ellas? ¿Tenemos que suponer que cree que están habitadas actualmente? Y si así es, ¿por quién? ¿Extraterrestres? ¿Los monstruos que describió Lovecraft en sus cuentos? Usted dijo que el principal interés de él y el suyo es el Pacífico Sur. Muy bien, se lo diré sin rodeos y me contestará sin rodeos también. ¿Está diciendo que realmente existe Cthulhu?

Hubo un momento de silencio y excitación; todos los ojos estaban en el orador y éste cruzaba la mirada

-No lo sabemos -dijo-. Pero por eso están ustedes aquí. Porque tenemos que descubrirlo.

De repente, la habitación pareció helarse. Kay sintió que se estremecía; se inició una especie de vislumbre, y todo oscilaba como si estuviese mirando bajo el agua en las profundidades, donde los peces devoradores comían la carne de los cuerpos corruptos y huían antes de que llegaran las criaturas que no eran ni hombres ni peces. Giraban en círculo y se escabullían, mientras las aguas se agitaban y el suelo del mar se resquebrajaba ante la llegada del Gran Cthulhu...

Intentó dirigir la mirada y la atención al hombre alto que continuaba hablando.

-Los traje aquí porque necesitaba sus reacciones, sus evaluaciones, ante datos adicionales que ustedes podían haber ignorado anteriormente. Pero lo importante ahora para combatir el problema, es que ustedes comprendan su alcance. Necesito su experiencia, su cooperación, su ayuda. Y la necesito ya.

»A cada uno de ustedes se les proporcionará un oficial de enlace y protección. Han sido individualmente designados para controlar situaciones de toda esta área. Algunos ya conocen a sus compañeros, debido a previos contactos profesionales en el transcurso de una investigación común. Pero, por favor, no se identifiquen a nadie más; no confraternicen, ni comparen notas.

»He programado entrevistas por separado para todos los presentes durante ocho horas. Se informará a su enlace de la hora que tengan asignada. Cuando nos encontremos en privado, confío en que todos estén preparados para contestar preguntas en profundidad y a presentar cualquier sugerencia o informe adicional que crean que pueda ayudarnos. A la vez, quiero pedirles que sigan trabajando solos o, en algunos casos, que unan sus fuerzas con otros de los que están aquí. En el último caso,

<sup>23</sup> *The Call of Cthulhu*

-¿Qué podían saber?

-No tengo ninguna respuesta segura. Pero sospecho que Waverly fue a Boston para investigar algo relacionado con Lovecraft. Y eso lo convirtió en una posible amenaza para Nye.

»Y respecto a su difunto marido, su viaje al Pacífico Sur indica que sabía o supo la secta. Ahora creemos que realmente podía estar buscando el propio R'lyeh. Y que fue destruido cuando lo encontró, como fueron destruidos los personajes de Lovecraft cuando encontraron madrigueras similares. Recuerde *Dagon* y *El Templo*<sup>24</sup>.

-Sin embargo no puedo aceptarlo -dijo Kay-. Incluso después de lo que me ocurrió.

-Entonces considere mi posición.

El hombre alto fumaba su pipa.

-¿Cómo se cree que me siento estando al frente de los científicos más destacados y del personal militar, admitiendo la validez de la magia negra? No sólo admitiéndolo, Dios mío, sino *insistiendo* para que ellos lo admitan.

-Y ellos lo hacen -murmuró Mike-. A causa de sus propias experiencias.

-Exactamente.

El hombre alto asintió.

-Todo está entrelazado. Y Nyarlathotep sostiene las cuerdas.

Kay recordó su anterior conversación con Mike.

-¿Cree verdaderamente que Nye es Nyarlathotep?

-Considere los hechos.

El hombre alto vació los residuos de su pipa en el cenicero.

<sup>24</sup>*Dagon* y *The Temple*.

-De acuerdo con Lovecraft, Nyarlathotep es negro, y la profecía dice que vendrá de Egipto. No sabemos los orígenes de Nye, pero no podemos descartar la posibilidad. Sabemos que se ajusta bien a la descripción: vestidos rojos, extraños artefactos y cosas por el estilo, anunciando el fin del mundo a la gente, que sale sin entender nada de lo que ha oído.

-De modo que se apropió de la imagen.

-Esa es la conclusión obvia y me gustaría poder estar de acuerdo con ella. Pero ¿qué ocurre con el resto de los acontecimientos, con terremotos, maremotos y todas esas repentinas catastrofes naturales, mientras que la actividad terrorista se extiende por el mundo? Podría ser una coincidencia, por supuesto, pero realmente coincide con la descripción de Lovecraft de lo que ocurriría cuando apareciesen los mensajeros poderosos.

-Entonces, ¿cree que el resto también ocurrirá?. ¿El fin del mundo?

-No he dicho eso. Lo que quiero decir, es que debemos considerar la posibilidad, para hacerle frente y estar preparados para ello, incluso aunque signifique admitir que la leyenda de los Diablos podría no ser leyenda.

-Pero no puedo...

-¿Por qué no? Piense en ello por un momento.

El hombre alto guardó la pipa en el bolsillo.

-A lo largo de toda la historia, la humanidad ha tenido muchas cosmologías, muchos dioses. No me refiero a las civilizaciones salvajes, sino a las más avanzadas. Los griegos y romanos con sus panteones, los egipcios idolatrando a sus inmortales cabezas de animal, los fanáticos de un centenar de deidades hindús. Billones de creyentes han adorado a seres extraños. Y nosotros, aunque no tenemos fe, tenemos hechos.

Mike se dirigió al hombre alto.

-¿Y cuál será el próximo movimiento?

-Existen muchos movimientos. No queremos rechazar ninguno. A un equipo se le ha asignado solucionar el problema lingüístico: palabras, frases, nombres de lugares, nombres propios de todas las obras de Lovecraft. Siempre habíamos supuesto que eran neologismos de su propia invención. Ahora no estamos tan seguros. Tratamos de relacionarlos con posibles referencias paralelas en la norma *grimoires* y rituales de magia negra, conjuros y encantamientos de todos los lugares conocidos. Tal vez exista un denominador común y, en ese caso, sería de gran ayuda si lográsemos encontrarlo. Los filólogos de este proyecto están trabajando con computadoras, ya que necesitan respuestas rápidas.

Señaló hacia Mike.

-Su gente, por supuesto, lleva a cabo la investigación de los hechos, con la completa colaboración de la CIA y el FBI. Trabajando en secreto, hemos unido nuestros informes a los de la Interpol, a fin de planear una persecución contra los grupos terroristas conocidos o de los que se sospecha, aquí y en el extranjero. Esta noche hemos completado una redada a gran escala entre los miembros de la Sabiduría Sideral. No creo que hayamos apresado a ninguno de los importantes, pero valía la pena intentarlo. Lo que esperamos es que al interrogarlos puedan darnos una pista que nos lleve a Nye.

Mike se encogió de hombros.

-Por ese camino no podrá controlar la situación.

-Haremos lo que podamos, pero estamos trabajando contra reloj. Ninguna reacción popular contra las detenciones tiene importancia, comparada con el pánico general que podría desencadenarse si no actuáramos para evitar lo que ocurriría si R'lyeh estuviera abriéndose paso desde el mar, mediante esos terremotos, y despertase lo que duerme allí. Hay que parar eso.

-¿Cómo?

-Ya lo ha resuelto Ermington, del Ministerio de Marina.

El hombre alto miró su reloj.

-Dentro de treinta y ocho horas exactas, según nuestro cómputo, un submarino nuclear partirá desde una base del Pacífico. Objetivo: 46° 9' de latitud sur y 126° 43' de longitud oeste. Ordenes de la operación: buscar y destruir.

Mike frunció el ceño.

-¿Saben con qué van a encontrarse?

-Por supuesto, daremos algunas explicaciones al comandante en jefe, pero no podemos confiar totalmente. He solicitado permiso para asignar un observador para la misión, en condición de consejero especializado.

-¿Alguien de su confianza?

-Eso espero. -El hombre alto se levantó-. Por la mañana saldrá usted para Guam.

Él se encogió de hombros.

-¿Qué quieres?... ¿Una proposición formal?

-

Esta vez la palabra salió fácilmente. Y a partir de ese momento, incluso en el último instante, cuando le acompañó hasta la puerta y él la abrazó, no hubieron más dudas.

Pero después de su marcha, volvió el miedo. Volvió y persistió.

No por ella. Allí estaba a salvo y el sustituto de Mike le inspiraba seguridad. Era un hombre del sur, que hablaba con voz suave y se llamaba Orin Sanderson. Mike le había dado cariñosamente las gracias cuando vino a ocupar su puesto.

-Orin es un buen chico -le dilo a ella-. No te dejes engañar por su aspecto de caballero de Kentucky. Es de esos gatitos que se convierte en un tigre cuando lo necesitan.

Realmente era muy amable y tenía la virtud de ser discreto. Le había ordenado que estuviera en el apartamento día y noche, mientras los otros vigilaban fuera en turnos rotatorios, pero no fue necesaria ninguna indicación para que mantuviese las distancias. Aunque comían juntos, después él se mantenía apartado el resto del día. La mayor parte del tiempo se sentaba a leer en el sofá de la sala, donde también pasaba la noche. Desde que Kay descubrió una estantería de libros y una televisión portátil en su dormitorio, no tenía ninguna necesidad de compartir con él el cuarto de estar. El saber que se hallaba allí era suficiente para sentirse protegida.

Todavía la acompañaba el miedo y no podía disiparlo. Se le aparecía por la espalda mientras leía, se escondía a su lado, detrás del televisor. Y le sonreía irónicamente cada vez que miraba el reloj.

Las diez de la noche. ¿Qué hora sería en Guam? ¿Habría llegado ya Mike? ¿Estaría allí o habría salido en el submarino para la misión? ¿A qué distancia estaba la zona objetivo y dónde estaba localizada exactamente? La latitud y longitud mencionadas por el hombre alto no significaban nada para ella.

Ya habían pasado treinta y seis horas, o más, desde que Mike había partido y no había llegado ni una noticia. Pero el tiempo pasaba de una u otra forma y Kay sabía dónde iba a parar. El miedo se alimentaba con el tiempo, inflándose minuto a minuto, engullendo y creciendo.

Las palabras impresas ya no tenían ningún significado y las imágenes de la pantalla se volvían borrosas. La segunda noche se encontró buscando algo que la informara entre los libros de la estantería. Pero no encontró nada, y los fue apartando con gran impaciencia.

El ruido de su actividad atrajo a Orin Sanderson a la habitación.

-¿Ocurre algo, señora?

-Estaba buscando un atlas o un almanaque, algo que tenga mapas.

-No se preocupe por eso.

-¿Podemos hacer que traigan uno?

Sanderson negó con la cabeza.

-Disculpe -dijo consultando su reloj-. Quizá le ayude que le diga que estarán llegando a la zona objetivo. Con suerte todo habrá terminado en pocas horas. Si se ajustan al horario programado, estarán de nuevo en

-¿Llamarán para que lo sepamos?

-Tendremos noticias cuando llegue el momento.

Sanderson inclinó la cabeza cariñosamente.

-Ahora cálmese. Prepararé un poco de café...

Kay consiguió esbozar una sonrisa.

-No gracias. Estaré bien.

-¿Por qué no se acuesta? Lo que más le conviene en este momento es un buen descanso.

Así que Kay se fue a la cama, pero no sola.

El miedo se arrastró hasta su lado bajo las sábanas, y en la oscuridad podía sentirlo allí tendido, frío y húmedo, esperando para abrazarla, para sumergirla en las pesadillas y en las profundidades. Las profundidades, bajo la superficie del mar tenebroso, donde en su casa de piedra, en R'lyeh, muerto esperaba Cthulhu.

Trató de librarse del miedo, pero al dormirse lo encontró allí, en las profundidades, flotando entre las algas y despidiendo el hedor del antiguo icor. A través de la futilidad de los viejos evos y del silencio de siglos innumerables, ella buscaba una presencia desvanecida, pero no quedaba nada excepto el miasma de un ancestral temor. Entonces, se abrió una gigantesca grieta en el fondo del mar y, bajo ella la inmensa mole de dentada roca taladraba la superficie para emerger.

Ahora ella estaba ascendiendo también, atravesando la formación agrietada, hacia un punto donde la ciudadela de piedra se erigía intacta, elevándose más allá de las olas teñidas de negro, bajo un cielo de hielo gris. Y su contorno desaparecía y cambiaba, y ella no podía determinar el aspecto o el tamaño, o vislumbrar nada en las puertas, salvo que estaban abiertas.

Cuanto más cerca se encontraba, aproximándose a la enorme entrada, contemplando la profunda oscuridad, su miedo se hacía mayor al pensar en lo que pronto iba a ver. Nada podría superar ese miedo,

Pero estaba equivocada. El mayor espanto no había llegado aún; cayó sobre ella, cuando miró a través de las puertas, al oscuro hogar de Cthulhu que surgía sobre las aguas, a la morada del mal. Y la encontró...

-¡Vacía!

El grito estalló en sus labios y se despertó. Se despertó cuando se encendían las luces de la habitación y vio que entraba Orin Sanderson.

-¿Señora?

-Tuve una pesadilla.

Kay se incorporó y arregló las sábanas con un gesto tímido, tratando de disimular que temblaba.

-No se preocupe. Estoy bien.

-Bueno, de todas formas iba a despertarla. Ha llegado la llamada.

-¿La llamada?

Sanderson asintió.

-Todo ha terminado. Misión cumplida.

-

-No sé ningún detalle. Pero Mike se lo contará todo cuando la vea.

Kay ya no temblaba. Se levantó rápidamente sin darse cuenta de que se estaba exhibiendo.

-¿Cuándo llegará?

El agente de seguridad sonrió.

- dijo sonriendo-. Ese sofá del apartamento es algo incómodo.  
-Hay un dormitorio al final. ¿Por qué no descansa un rato?  
-  
-Yo estoy perfectamente aquí. -Señaló al equipo de radio y televisión, y a la mesa de café que estaba ante ella. Mire, incluso periódicos.  
Sanderson parpadeó.  
-Quebrantaría las órdenes.  
Kay negó con la cabeza.  
-No las quebrantaría, sólo las desviaría un poco. Vaya. Le prometo despertarlo con tiempo antes de que aterricemos.  
-Gracias, señora.  
Sanderson se volvió y fue hasta el compartimento. Esta vez no hizo ningún esfuerzo por ocultar el bostezo.  
Kay lo observó mientras se alejaba. Indudablemente, aquel hombre estaba cansado, había estado de

or fin había sido atendida su advertencia, justo a tiempo.

Kay asintió tímidamente.

-Perdone. No habíamos hablado sobre ello, ¿verdad? Supongo que no sabe de qué hablo.

Sanderson sonrió.

-¿Qué quiere saber sobre Lovecraft? Desde luego decía la verdad. Es Nye quien la deformó.

Kay se inclinó hacia delante.

-¿También lo conoce?

-Lo suficiente como para darme cuenta de que lo que predicaba a la gente de la Sabiduría Sideral estaba manipulado para que se adaptara a su propósito. La verdad es que la humanidad no existía cuando los Grandes Diablos vinieron a colonizar la Tierra. Fíjese en el relato de la creación de las diferentes religiones. Casi todas dicen lo mismo de diferentes formas. Dios o un conjunto de dioses, según las versiones, crearon al hombre.

-Y eso es lo que realmente ocurrió. Los Grandes Diablos llegaron al principio. El mundo que gobernaron debió ser muy distinto del que conocemos hoy. Cuando cambió, con los cataclismos que rompieron los continentes, huyeron a otras dimensiones. Pero algunos quedaron, sumergidos bajo el mar o atrapados debajo de las montañas de hielo, sin poder físico pero con una fuerza en potencia.

-Fue entonces cuando crearon la vida tal como la conocemos, los animales y los humanos.

Kay se encontró con la mirada de Sanderson.

-

-Para alimentarse.

-¡Pero eso es de locos!

-La locura es sólo una respuesta del hombre ante una realidad que no puede afrontar. Ahora sabe por qué Nye ocultaba esto a sus fieles. Si hubieran imaginado la verdadera razón de su existencia, no le habrían seguido ni habrían cumplido las órdenes de los Grandes Diablos. Pero es verdad, Azathoth, Yog-Sothoth y los otros crearon formas de vida inferiores y animales para que se devoraran los unos a los otros, y todo ello se convirtiese en el alimento para el hombre. Y el hombre, a su vez, está aquí para alimentar a los Grandes Diablos.

»No físicamente, se entiende. Los Grandes Diablos no se nutren de carne -se alimentan de *emociones* humanas.

»Ese es el origen de su fuerza. Y la más poderosa, la más satisfactoria de las emociones, es el miedo.

»Los hombres fueron engendrados para el miedo, de la misma forma que los hombres mismos crían plantas y animales selectivamente para conseguir las que para ellos son las cualidades más deseables. De vez en cuando nuevas especies son adheridas a lo que se llama raza humana. Se disponen uniones con otras formas de vida como las criaturas del mar, las llamadas semillas de Dagon son un ejemplo. Han habido también uniones con seres alados de otras galaxias, y a veces esos experimentos han conseguido su propósito. La mezcla de sangre da como resultado unos híbridos con una capacidad superior de respuesta emocional.

»Naturalmente, la mayoría de los hombres ignoran todo esto... ¿Cree usted que los animales saben que los usamos como alimento o que nuestros propios animales domésticos son para nosotros sólo un entretenimiento?

»Pero a veces llega hasta los hombres una señal, a través de los sueños. La leyenda del íncubo y el súcubo emerge de las vislumbres de esas uniones en las pesadillas. Y los mutantes que consiguen vivir, son -lobo, criaturas mitad animal y mitad hombre. ¿Cuántas veces ha observado que las caras de algunas personas presentan un parecido con algún animal? Eso no es una coincidencia. Ni lo es la inclinación hacia la crueldad, la tortura y las matanzas, que desechamos

»Todos esos atributos incrementan el miedo y, a través de los tiempos, los Grandes Diablos se han alimentado de él, obteniendo fuerzas para despertar, para atravesar las barreras, para llegar hasta la Tierra y

»Y siempre algunos hombres han imaginado o descubierto la verdad. Aquellas que aprendieron un poco de magia, hechicería o brujería. Y aquellas que lo sabían todo, a través de los sueños y por la inspiración de los Grandes Diablos, han mantenido la fe. Rendían culto y esperaban ansiosamente el día en que volvieran los Diablos.

»Nunca antes el mundo había estado tan lleno de miedo como ahora. Nunca los adoradores habían tenido tanto poder y convicción. La espera y el plan están llegando a su fin, porque los Grandes Diablos son fuertes de nuevo y ha llegado su hora. Las estrellas están en el lugar apropiado y el camino está abierto.»

Kay escuchaba con perplejidad creciente; una vez más pensó en la inconsistencia del lenguaje, como la gente variaba su vocabulario para adaptarse a las situaciones. Aún as astuto Sanderson, que se expresaba tan suavemente, pudiera hablar de aquella forma.

Su reacción debió hacerse evidente, porque Sanderson hizo un rápido ademán.

-Por favor, no me haga caso. No quería transtornaría, señora Keith.

*Señora Keith.*

Era la primera vez que la llamaba así. Siempre se dirigía a ella diciendo «señora». No había ninguna

Se levantó de repente, incapaz de controlar su expresión o sus palabras.

-Usted no es Orin Sanderson.

La silenciosa sonrisa de él fue suficiente como respuesta. Kay dio unos pasos atrás, con los ojos muy abiertos.

-¿Pero cómo?...

-El cambio se hizo mientras él dormía. -Su sonrisa no se inmutaba-. Quizá recuerde otro relato de Lovecraft...

-*La Cosa en el Escalón de la Puerta*<sup>25</sup>.

Kay lo recordaba demasiado bien. Una bruja, una mujer cuya sangre llevaba la marca de las criaturas del mar, adoptó el cuerpo de su marido en lugar del suyo propio.

-Entonces era verdad. Todas esas leyendas sobre la posesión demoníaca...

La sonrisa se hizo más amplia.

-Efectivamente, señora Keith.

-

-Solamente uno de los muchos servidores.

Kay se volvió y corrió hasta la cabina de delante. Tiró con fuerza de la puerta, pero ésta no

<sup>25</sup>*The Thing on the Doorstep.*

A causa del balanceo y las subidas y bajadas del aterrizaje, Kay se desvaneció, sintiéndose agradecida porque aquello la aislaba del ruido. Tal vez era un sueño después de todo. *Tenía* que ser un sueño.

Kay estaba ahora bastante tranquila, cuando Sanderson la guiaba desde la cabina y le ayudaba a bajar por la escalera de cuerda que colgaba desde la puerta, en vez de la rampa de desembarco.

Los tres miembros de la tripulación ya esperaban abajo. Ella se sintió aliviada al ver sus uniformes y sus caras completamente normales. Quizá Sanderson le había mentido. Seguramente aquellos jóvenes no habían

Los otros allí reunidos, el grupo de hombres con antorchas, obviamente eran polinesios y orientales. Llevaban ropas de marinero, indefinidas, pero ninguno se comportaba de forma que produjera alarma. Las

-Abbott -dijo-. Tú y Sato la prepararéis y la conduciréis.

Kay se dio la vuelta cuando el cuerpo de Sanderson se marchó. Pero avanzaron otros dos, cogiéndola por los hombros. Uno era alto y de cara rosada; el otro rollizo y de piel morena.

Intentó forcejear, pero ellos la agarraron firmemente, arrancándole el vestido a pedazos, hasta que se quedó desnuda ante la luz de las antorchas.

El Hombre Negro levantó sus brazos.

-¡Contemplad a la novia! -salmodiaba.

Y detrás, otras voces se elevaron en respuesta.

-¡Contemplad a la novia!

Entonces, en algún lugar de la oscuridad, sonó un tambor. Sonó y retumbó, mientras se apagaban las estrellas y Mike estaba muerto y ella temblaba de vergüenza y frío. Pero ellos la sostenían con fuerza, mientras el Hombre Negro hacía señas, dándose la vuelta, para enseñar el camino.

La obligaron a avanzar, arrastrándola hacia la ladera del Rano Roraku, a través de hileras de estatuas -las grandes cabezas de piedra, con las bases firmes, guardianes del cráter-. Kay luchaba y forcejeaba, pero no podía librarse. Ellos la llevaron hasta el borde y las caras esculpidas asomaban por todas partes. Caras extrañas de narices respingonas, labios despreciativos y sin ojos. *¿Qué era aquello que ni siquiera las*

Los tambores golpeaban estrepitosamente y las voces cantaban. Más allá del cráter podía ver el perfil recortado del promontorio de Poire, asomando a través de un velo de niebla.

¿Era niebla o era miasma? El olor se extendía, nauseabundo y abrumador, un hedor de mar que rodeaba su cuerpo desnudo, envolviéndolo con una pestilencia de corrupción que afluía a sus sentidos. Detrás, el retumbar de los tambores, los portadores de las antorchas repetían sus interminables letanías.

-¡Contemplad a la novia!

Kay andaba torpemente, tropezando, agobiada por el ruido y el hedor que llegaban a oleadas. Desesperadamente cerró los ojos, procurando taparse la vista y las sensaciones, pero el eco del canto continuaba.

Y ahora un nuevo eco, la voz del cuerpo de Sanderson murmurando igual que en el avión. *ser ebgado... usted era perfecta, dijo él... riesgo... no, tratándose de una Lavinia.*

De repente recordó el nombre y su origen. *El Horror de Dunwich*. La chica albina deficiente mental, Lavinia, quien se convirtió en la esposa de Yog-Sothoth.

Kay abrió los ojos y, al hacerlo, la cortina de niebla empezó a desaparecer.

Algo se movía en la neblina.

Empezó a elevarse, enorme, negro, deslizándose y asomando por el gran cráter del volcán, donde había esperado alerta. Su cuerpo escamoso proyectaba su silueta contra las estrellas, emergiendo, emergiendo.

Una sola mirada la hizo gritar con tal fuerza que dejó de oír los tambores, los cánticos, ni siquiera el ruido de los aviones aproximándose sobre las cabezas.

La arrojaron hacia delante.

Entonces, los apéndices contorsionados se extendieron para abrazarla, y no supo más.

-Así lo haré -dijo Mark.

Y así lo hizo.

En menos de media hora se encontraba en la oficina de Heller, en el edificio del Times News Center de Los Angeles. Aquel hombrecillo nervioso, detrás de su escritorio, estaba ya apretando botones cuando entró Mark. Todo funcionaba a la vez, el transmisor-receptor, los interfonos, las unidades de televisión, incluso



-Era un hombre blanco, de pelo castaño, de una altura aproximada de un metro ochenta, más bien delgado, vestido con ropa de trabajo. Debió burlar a los agentes de seguridad haciéndose pasar por pintor. Su mono estaba manchado de pintura.

Mark Dixon hizo una mueca.

-Había mucha sangre. Toda la cara desfigurada...

-Sáltese el color local. ¿Qué hay del arma?

-No pude verla. Alguien la recogió y gritó a los de abajo que era una automática.

-¿No tenía nada que lo identificase?

-Si lo tenía, no lo encontraron entonces. Como dije, todo lo que pude conseguir fue un vistazo rápido antes que me empujaran hacia fuera. El oficial que sacaba a la gente era Philip Kaufman. El fue quien me dijo los nombres de los otros agentes.

-¿Qué más le dijo?

-Nada. Salvo que estaba seguro de que el asesino era de la Hermandad Negra.

Judson Moybridge apagó el televisor y la imagen se desvaneció en la pantalla de la pared al entrar Mark.

-Estaba oyendo las noticias -dijo Moybridge-. Qué horrible asunto. Horrible. No me extraña que parezcas tan transtornado. -El corpulento abogado señaló hacia las bebidas-. ¿Puedo ofrecerte algo?

Mark negó con la cabeza.

-Todo lo que quiero es información.

-En ese caso, salgamos al patio. Es una pena desperdiciar una noche tan agradable.

Y realmente lo era. Mark se dio cuenta al seguir a Moybridge a través de la puerta de cristal, hasta la terraza, al lado de la piscina.

Allí, en la caída del crepúsculo, se acomodó en un sillón para mirar los destellos multicolores de las luces que brillaban por todas partes. Era una vista magnífica, y sólo un hombre con los medios de Moybridge podía establecerse allí, sobre la ciudad, ante tal es

Eso no significaba, sin embargo, que Mark le reprochara ese privilegio. Cualquier cosa de la que Judson gozara, estaba bien merecida. Había pasado treinta años como abogado de la corporación hasta llegar a esta altura de la cima, y apenas tenía nadie con quién compartir el fruto de sus esfuerzos. Ni mujer, ni familia. Salvo Mark, que era considerado como de ésta. Después de todo, hasta que cumplió los veintidós años, hacía tres, el abogado había sido su tutor legal.

Mark levantó la vista al oír unos hielos tintineando en un vaso; su anfitrión se había servido un trago del armario portátil, detrás del sillón.

-¿Seguro que no quieres acompañarme? -dijo Moybridge.

-No, gracias.

-Como gustes.

El abogado levantó su vaso y bebió un poco. Luego

-Pues bien. Información. ¿Qué clase de información?

-Primero, me gustaría que me contases las últimas noticias. La radio de mi coche está estropeada y no he oído nada desde que salí de la oficina. ¿Descubrieron quién era?

-¿El hombre del atentado? -dijo Moybridge negando con la cabeza. El examen preliminar indica que llevaba el pelo teñido, las huellas digitales borradas con ácido y que recientemente se había realizado una operación en la laringe para alterar la voz. Eso, y la ausencia de etiquetas en la ropa o cualquier otra cosa que pudiera servir como pista, parece sugerir que se trataba de un profesional.

-¿Se ha dicho algo sobre el arma?

-Sí, mencionaron algún nombre, pero no puse atención. Me imagino que sería un revólver corriente. - Vaciló al ver a Mark frunciendo el ceño-

-Todo.

Moybridge alcanzó el vaso, mirando como el joven se levantaba apartando el espeso pelo oscuro de su tostada frente. *Un chico guapo. Podría haber sido mi propio hijo. Me appena verlo tan preocupado.*

-¿Qué problema hay? -dijo Moybridge después de tomar un sorbo.

-¿No lo ves? Se trata de alguien que se ha tomado el trabajo de ocultar cuidadosamente su identidad. Un auténtico profesional, dices. Pero cuando llegó el momento de actuar, lo hizo como un aficionado. Un asesino profesional tomaría precauciones para esconderse. Usaría un rifle de largo alcance con mira telescópica y silenciador, o emplearía uno de esos supersónicos. Pero ese hombre se subió al piso superior, a

su atentado, no pasaría desapercibido ni ignorado.

-En otras palabras, un psicópata buscando publicidad.

-Un buscador de publicidad, sí. Pero no un psicópata, al menos, no en el sentido corriente de la palabra. Mark movió la cabeza asintiendo.

- uno de los oficiales de seguridad. Está convencido de que es obra de la Hermandad Negra. Moybridge tomó de un trago el resto de la bebida.

-¿Cuántas veces tengo que decirte...

-¿Que no existen cosas como la Hermandad Negra? -Mark se encogió de hombros. Ya me sé la historia: una broma pesada, una mentira inventada por algún alborotador fantasioso, divulgada hasta llegar a los medios de comunicación. Después, la gran imaginación popular la usaba para explicar cualquier crimen violento que quedara sin resolver. Me lo has explicado docenas de veces. Pero ahora quiero que me digas la verdad.

-Pero siempre te he dicho la verdad. -El abogado empezó a sofocarse, mostrando su enfurecimiento a través del rostro y de la voz. Leíste mi libro. Todavía vivías conmigo en la antigua casa cuando investigué sobre eso.

Mark asintió.

-Aquellos viajes, las llamadas telefónicas a Washington, las entrevistas con personas del gobierno. Solía

Moybridge se sirvió otro trago.

-Está todo en el libro -dijo-. *La Caída de Cthulhu*. ¿No contesta el mismo título a tus preguntas? Probé mi hipótesis, y desde entonces otros doce han confirmado los hechos. Tú todavía no vivías cuando ocurrió. Todas esas tonterías sobre los terremotos, lo que significaban y lo que produce siempre busca un chivo expiatorio. Pero ahora sabemos la verdad. La isla de Pascua fue accidentalmente destruida durante la prueba de un arma termonuclear. Ese es un informe oficial. Y respecto a Lovecraft, ambos sabemos la respuesta. En los cinco años siguientes a la publicación de mi libro, otros investigadores llegaron a la misma conclusión. Era genial, persuasivo y un clásico ejemplo del

Moybridge hizo una pausa para beber, mientras Mark le observaba en la oscuridad.

-Leí lo que escribiste. Pero, ¿dónde están las pruebas?

-Justo delante de tus ojos -dijo el abogado-. Ha pasado un cuarto de siglo desde que se produjeron esos terremotos. Pero a pesar del pánico, a pesar de las disparatadas profecías de esas sectas absurdas, no ha ocurrido nada. Los terremotos cesaron, ¿no es cierto? Y ningún monstruo malvado ha surgido del mar. Todavía estamos aquí, gracias a Dios, sanos y salvos como siempre. Y ahora las obras de Lovecraft ya no se publican...

-Esa es otra cosa -dijo Mark-. Con todo el interés que hay por los mitos de Cthulhu, ¿no te parece extraño que a ningún editor se le haya ocurrido publicarlas? Pero no he podido encontrar ni uno de esos libros ni en las librerías de viejo. ¿Crees que puede haber algún tipo de censura por parte del gobierno, que compra los ejemplares y los destruye?

-No creo nada de eso.

-¿Qué pasó con los tuyos, los que yo leí cuando empezaste el libro?

-Me deshice de ellos cuando me mudé aquí. -Moybridge suspiró-. Mira, no hay razón para que discutamos más. He hecho todo lo que he podido para responder a tus preguntas.

-Menos a una.

-¿Cuál?

Mark miró fijamente al abogado.

-¿Por qué te metiste en todo eso? ¿Por qué abandonaste el ejercicio de la abogacía, para escribir un libro que negaba la teoría de los Mitos?

-Te lo dije, no tiene sentido seguir discutiendo...

-Sí lo tiene. Porque yo confío en ti. Siempre he confiado en ti más que en ninguna otra persona.

-Entonces confía también ahora. -Moybridge fue hacia Mark. En la oscuridad, su cara aparecía borrosa, salvo sus oscuros ojos. Solíamos estar tan unidos hasta hace pocos años. No me quejo. Ahora eres un

Los argumentos de Moybridge, expuestos en su libro y repetidos en los libros de otros escépticos, ya no se aguantaban. Al igual que la repentina desaparición de la obra de Lovecraft y el que, curiosamente, se hubiera agotado por la venta en librerías. Parecía haber un interés general por su contenido, un interés fomentado por las declaraciones de la Hermandad Negra y por las revelaciones comunicadas verbalmente.

De acuerdo con estas fuentes, los informes oficiales del gobierno formaban parte de un encubrimiento deliberado. Durante la época de los terremotos, hacía un cuarto de siglo, Cthulhu realmente había ascendido de las profundidades, cuando la ciudad hundida, R'lyeh, emergió parcialmente del mar. Entonces empezó un viaje marcado por una estela de destrucción que dejaba tras de sí barcos y aviones que se esfumaban, poblaciones enteras de islas apartadas que desaparecían. Se organizaron misiones secretas. Una explosión termonuclear destruyó la isla de Pascua, incluyendo el suicidio del escuadrón enviado para ello.

La historia no había sido nunca oficialmente confirmada o negada, pero no terminaba allí.

Según un rumor persistente, Cthulhu no había muerto. Ningún arma podía an forma de vida capaz de reconstituir sus componentes atómicos. El ser inmortal una vez más, se había refugiado en su guarida secreta, bajo el mar.

Las sectas que proclamaron su llegada, habían desaparecido también. En su lugar estaba la Hermandad Negra. Negra por la magia, no por la raza, pensó Mark. Naturalmente el grupo tenía una proporción normal

Mark negó con la cabeza.

perder el interés por él. Volvió a su trabajo, se compró una nueva casa y se instaló allí. Creo que, desde entonces, ninguno de los dos había mencionado nunca a Lovecraft hasta esta noche. -Mark hacía rodar el vaso entre sus dedos. Ahora, de repente, este arranque. Amenazas, advertencias, ¿por qué?

-¿No puedes pararte a pensar que es natural que se preocupe de tu felicidad? -dijo Laurel-. Hasta ahora, no habías tenido nada que ver con la Hermandad Negra. Ahora estás complicándote en eso y él está intranquilo.

-Entonces, ¿por qué niega que la Hermandad Negra existe? ¿Por qué miente sobre lo que ocurre? ¿Sabe algo que nosotros no sabemos?

Laurel se encogió de hombros.

-Todo el mundo está inquieto últimamente. No sólo es el terrorismo. Mira el asunto del movimiento de los continentes o lo que sea. El otro día, precisamente, leí en una revista algo de que la polución de la atmósfera por residuos nucleares estaba cambiando el clima. Lo que llaman «el efecto invernadero». Dicen cosas como los de hace veinticinco años o incluso peores. -Sonrió. Claro que yo no creo todas esas predicciones del fin del mundo.

-Ni yo -dijo Mark levantándose-. Pero quizá Moybridge sí. Quizá conoce algún secreto.

-No debes obsesionarte con eso.

Laurel se puso de pie.

-Mira, es bastante tarde...

Mark dejó el vaso sobre la mesa, fue hasta Laurel y la cogió por los brazos. Sus labios tenían un ligero sabor a crema de belleza, pero eso no hizo que él reprimiera su impulso de abrazarla fuertemente. Sostenía el delgado cuerpo de ella entre los brazos. Las manos de él ya buscaban torpemente los botones de la bata.

-Mark, basta, podrían vernos desde la calle...

-Pero no en el dormitorio.

La condujo hasta allí, y esta vez el batín salió sin resistencia.

La exótica cara, reflejando la mezcla heredada de un padre irlandés y una madre japonesa, se levanto

-Creía que te dolía la cabeza.

-Sí. Pero confío en que tú me quites el dolor.

-Haré todo lo que pueda -

Lo empujó sobre la cama y cumplió su promesa.

El respiró profundamente, mirando cómo Laurel abrochaba su batín y se ajustaba el cinturón. De repente se dio cuenta de que el frío envolvía su cuerpo y también de que en la mano llevaba un lío de ropa. los pies desnudos y magullados en los zapatos. Tras ellos sonaba el crujido avisador de las llamas ascendentes, pero él no se volvió a mirar. Escaparon hacia delante, entre los árboles y la niebla. Y ya que el terremoto había muerto...

Los perros ladran, pero sus ladridos no se convierten en carcajadas.  
Y en aquel momento, empezaron a oírse unas risas entrecortadas. Algo se deslizaba hacia fuera desde un surco lleno de niebla.

Laurel gritó y súbitamente soltó la mano. Antes que Mark pudiera darse cuenta de sus intenciones, salió corriendo, huyendo a ciegas en la niebla.

-¡Detente! -gritó Mark.

Pero la figura desapareció corriendo en la oscuridad, dirigiéndose hacia las tumbas que se elevaban en un montículo, desde donde se irradiaban las grietas.

nombre de Laurel.

Fueron sus pies quienes la encontraron, al pisar el batín tirado en el suelo.

Ella yacía inmóvil, y él ya no volvió a murmurar su nombre. Se agachó y levantó su cuerpo relajado en los brazos. Era tan delgada que no tuvo ninguna dificultad en transportarla hasta fuera, a la noche brumosa. Allí fue donde, al mirar, se dio cuenta de por qué parecía tan ligera la carga.

Lo que la había atacado en la oscuridad no había herido su cuerpo; las extremidades y el torso estaban intactos.

Pero la cabeza había desaparecido.

¿Cuánto tiempo había estado corriendo? Su último recuerdo claro era la visión del cuello desgarrado, sangrando. Dejó entonces caer su horrible carga, y lo que llegó después fue una marcha sofocada a través de los reinos del terror sepulcral.

Todo estaba fragmentado en visiones fugaces, interrumpidas por un punzante dolor de cabeza. *Un terrible dolor de cabeza* ¿No era esa la típica frase? Un dolor de cabeza tan terrible que le hacía confundir la realidad y las alucinaciones.



era confusión. Los libros habían sido barridos de la estantería empotrada, y estaban esparcidos desordenadamente por el suelo, tirados de cualquier forma. La silla del escritorio estaba volcada entre ficheros caídos. El contenido de los ficheros sobre la alfombra. El escritorio, arrinconado contra la pared, cubierto de papeles y carpetas.

Mark miró frunciendo el ceño. Sólo la actuación del terremoto podía haber producido tal resultado. ¿O

Los terremotos podían abrir cajones, pero no vaciarlos. Los terremotos podían arrojar fuera el contenido de los ficheros, pero no podían forzar cerraduras ni registrar. Los terremotos no podían abrir la caja fuerte...

Entonces rodeó el escritorio y encontró la puerta circular de acero de la caja fuerte entreabierta.

La caja estaba vacía.

Detenidamente inspeccionó el montón de papeles que había a sus pies. Algunos habían salido de la caja, no había duda: el portafolios de piel con las pólizas de seguros, el gran sobre de papel manila donde estaba escrito el nombre de la compañía hipotecaria, y los paquetes de billetes envueltos cuidadosamente.

Mark tomó uno y lo examinó. El paquete, protegido con cinta adhesiva, tenía tres pulgadas de grosor y los billetes eran todos de cien dólares. En el suelo había media docena m legal.

Obviamente, quien fuera el que abrió esa caja, no buscaba dinero.

Se agachó, sintiendo el dolor que se extendía por el pecho. Respiraba fatigosamente, sofocándose. Algo sperar. Allí también ocurría algo malo y tenía que saber...

Sobre el suelo había más cosas de la caja: recibos, títulos de acciones, documentos legales. Al fondo de todo había un sobre que le hubiera pasado inadvertido, si no llega a ser porque sus dedos tropezaron con el duro objeto que contenía. Mark lo abrió con la mano libre y el contenido del sobre rodó hasta su palma.

Era sólo un diminuto carrete de microfilm, dentro de una pequeña bolsa de plástico, cerrada con una re garabateado.

ina y miró su superficie rizada, llena de burbujas negras que bullían y reventaban.

Algo se movía debajo.

Algo se movía, retorciéndose y elevándose desde las profundidades. Y entonces, lentamente, emergió.

A través de los jirones espirales de niebla, Mark contempló lo que flotaba en el centro de la piscina. Era el cuerpo oscilante y la cara hinchada de Judson Moybridge.

Los ojos vítreos sobresalían inexpresivos y ningún sonido surgía de la desfigurada boca abierta. Porque la muerte ni ve ni habla Moybridge estaba muerto.

Se agachó, inclinándose hacia delante para alcanzar el cuerpo.

Entonces, junto al borde, salieron unas manos del agua que le agarraron de repente por los tobillos, precipitándolo en la negrura burbujeante.

Cuando te ahogas pasas revista a toda tu vida.

Eso decían los cuentos de las viejas, pero era falso.

Mark lo sabía porque estaba ahogándose ahora, ahogándose en la piscina junto al cuerpo flotante de Judson Moybridge. El dolor de cabeza llegó al máximo, y los latidos se extendían al cuello y al pecho. Intentó liberarse, pero las manos invisibles le sostenían con fuerza, hundiéndolo en las profundidades hasta que sus pulmones se llenaron de agua.

Cuando esto ocurrió, ya debería estar muerto, pero no lo estaba. Era un sueño...

En el sueño todavía estaba vivo y ellos lo sacaban de la piscina, chorreando agua, aturdido e indefenso, pero vivo.

Pudo ver cómo lo rodeaban, tomándolo por los pies y transportándolo hasta un coche aparcado más allá de la casa.

Había algo extraño en sus vestidos: no se adaptaban a sus cuerpos. Las prendas habían sido confeccionadas para cuerpos humanos normales y sus capturadores no eran normales. Su torpe manera de andar revelaba una malformación en las piernas, sus espaldas estaban encorvadas y sus abultados cuellos se dilataban y se contraían con el ritmo discordante de su respiración. Tenían muñecas alargadas, saliendo de los puños de las camisas, acabadas en dedos unidos por una membrana que le sujetaban y le apretaban como garras. Y lo que percibió de sus rostros, hiz

Grandes ojos globulosos que no parpadeaban; narices aplastadas con anchos orificios; grandes bocas sin labios, abriéndose para exhibir hileras de diminutos dientes afilados; la piel escamosa cubriendo con tirantez las cabezas sin pelo; cuellos con barbillas con rajadas a ambos lados, abriéndose y cerrándose en un continuo

Pero su irresistible olor a pescado era lo que realmente le repelía; su olor y sus voces. Los profundos sonidos guturales presentaban sólo una semejanza con el lenguaje, pero podía comprender las palabras trabajosamente pronunciadas.

-La costa no. El camino ha desaparecido. Todo destruido. Debemos volver a las carreteras. A través de

Entonces, afortunadamente, todo se desvaneció.

dirigirle la palabra.

El tiempo no existe en los sueños y era incapaz de saber cuanto hacía que habían rodeado el valle inundado de agua, que cubría las casas hasta los tejados. Ni sabía en qué momento le habían conducido por encima de un torrente fangoso donde los cuerpos de hombres y de ganado se arremolinaban entre la espuma manchada de rojo.

Procuró animarse al descubrir que el crepúsculo había llegado una vez más y el coche pasaba junto a un  
*Los Gatos*<sup>26</sup> - 30 millas.

Debían estar en algún lugar de las montañas de Santa Cruz, suponiendo que tales cosas existieran realmente en los sueños, se dijo. En los sueños de muerte. La realidad se había muerto en algún lugar de aquella ciudad, de la misma forma que él había muerto ahogado en la piscina porque nunca aprendió a nadar.

Más valía que fuera así. Más valía estar muerto y soñando, que vivo y despierto en las garras de aquellas criaturas, trepando otra vez por las montañas crepusculares, cubiert

De vez en cuando se divisaban casas, aisladas y silenciosas, vacías y sin luz, entre las enormes secoyas.

*Terraza con vista al cielo* El coche pasó de largo, después dobló por una carretera sucia, angosta y empinada, una especie de sendero que conducía a un laberinto de árboles.

Era una ilusión, por supuesto, porque el sueño era la única realidad. Aquel sueño y aquellas criaturas. Ahora sabía lo que eran los híbridos con aspecto de pez. Sabía de dónde venían y a dónde llevaban a Innsmouth...

-¿Innsmouth? -dijo la voz-. Sin duda sabrá que no existe. Y que nunca existió; al menos con ese nombre. Mark abrió los ojos.

La habitación estaba oscura y el cielo de la noche, a través de la ventana panorámica, es aún. Parecía encontrarse sentado en un sofá junto a la ventana. Un sofá tapizado con una tela particularmente gruesa y áspera. Entonces se dio cuenta de por qué resultaba tan molesto para su piel: estaba desnudo.

El aire era húmedo y frío, pero eso no le importaba; el dolor había desaparecido, de forma que se sentía casi del todo bien. ¿Pero cómo era posible si estaba muerto y soñando?

-Ni muerto ni soñando -dijo la voz.

Mark miró alrededor de la habitación, buscando su procedencia. Gradualmente su vista se adaptaba a la escasez de luz y ahora podía descubrir vagamente el perfil de un cuerpo en las sombras, ocupando una silla junto a la pared del fondo.

La naturaleza de esa figura era poco clara, pero su postura era erecta. Eso, junto con la ausencia del repugnante olor y la claridad con la que hablaba, le indicó a Mark que no estaba en presencia de uno de sus raptos.

-No ha sido raptado -dijo la voz-. Ha sido conducido hasta aquí.

Tardíamente, Mark se dio cuenta de que no había hablado en voz alta. Y eso significaba...

---

<sup>26</sup> N. del T.: En castellano en el original.

Mark echó una mirada a través de la gran ventana de su izquierda. Antes de verlo oyó su murmullo; la extensión ininterrumpida de agua batiendo contra la pared del despeñadero, cuarenta pies más abajo.

-Continúa subiendo -dijo la voz.

Repentinamente, Mark se levantó, y su movimiento fue acompañado por una risa sarcástica.

- dijo la voz -. No queda ningún lugar donde ir. Por todo el mundo han caído las ciudades importantes, y sólo subsisten los picos más altos. Pero nuevas tierras emergerán de las profundidades; viejas tierras, en realidad, porque una vez poseyeron el dominio y ahora surgen para gobernar de nuevo. Los antiguos y las antiguas costumbres serán restituidos, y lo que quede de la papel inferior. Algunos como esclavos, otros como ganado, para procrear con aquellos que están bajo el mar o para alimentar a los que estén sobre la tierra.

-¡No! -Mark negó con la cabeza -. No lo creo...

-¿Aunque tenga la prueba ante sus ojos?

Nuevamente sonó la risa irónica en la oscuridad.

-La procreación y la alimentación siempre han existido, incluso cuando la humanidad se creía suprema. Los descendientes de esas uniones fueron los que le trajeron aquí. Y respecto a la alimentación; lo que los hombres llamaban su último lugar de descanso, realmente no lo fue nunca. Todos los cementerios son accesibles desde abajo, y toda la Tierra está llena de entradas a los cementerios. Lo que vio la noche pasada sólo es una muestra de lo que se oculta en las cavernas, bajo los montes.

Mark miraba fijamente a la sombría forma de donde salía la voz.

-Mi verdadero nombre no le diría nada. Pero aquí, en la Tierra, en Egipto, hace años los hombres me llamaban Nyarlathotep.

El nombre resonó sobre el ruido de las aguas. *Nyarlathotep. El Mensajero Poderoso de los Diablos. Las historias de Lovecraft...*

-Él, desde luego lo sabía -murmuró la voz-. Siempre algunos lo han sabido. Alhazred depositó su conocimiento en el *Necronomicon* para que los hombres pudieran comunicarse con sus verdaderos maestros. Todavía aquellos conjuros y encantamientos pueden hacer daño si caen en malas manos. Es necesario buscar y destruir su obra y tacharlo de loco, aunque lo único que intentaba era instruir.

»Pero Lovecraft significaba una advertencia, y ése era el mayor peligro. Sólo una casualidad impidió la llegada de Cthulhu, hace aproximadamente un siglo. Lovecraft lo narró todo con demasiada claridad y predijo la nueva aparición del Gran Cthulhu. Como sus obras estaban tan difundidas, fue imposible eliminar todos los ejemplares impresos e, inevitablemente, algunos lectores sospecharon la realidad detrás

»Era importante desacreditar sus relatos, asociarlos con extrañas sectas religiosas como la Sabiduría Sideral, de hace un cuarto de siglo. A sus miembros se les encomendó la labor de eliminar cualquier prueba tangible que pudiera confirmar las revelaciones de Lovecraft. Se buscaron todos los documentos y las cartas que le sirvieron como fuente de información, las pinturas de Richard Upton. Y sus propietarios, hombres como Albert Keith, fueron liquidados.

»Entonces la profecía de la venida del Gran Cthulhu se cumplía otra vez. Pero de alguna forma, las autoridades tuvieron conocimiento de ello y, por una serie de circunstancias, la ex mujer de Keith se vio envuelta en el asunto.

»Se envió una misión para luchar contra él y yo hice lo que fue necesario para impedirlo. Pero a pesar de todos los intentos y propósitos, Cthulhu sucumbió y aquellos que estaban en el poder, una vez sintieron a salvo.

-¿No se lo imagina? Moybridge lo sabía, desde luego, pero nunca habló. Contábamos con eso, porque lo  
ió el libro bajo nuestras órdenes nos sentimos seguros. Ayudó a  
desacreditar a Lovecraft y no teníamos ninguna razón para creer que revelaría su lealtad secreta a nuestra  
causa. Pero él lo sabía y retuvo la información que nosotros le proporcionamos, cosas como el microfilm que  
usted encontró. Le prometimos que le salvaríamos en agradecimiento a su ayuda, pero cuando llegó el

»Era demasiado tarde para que pudiera llegar a las autoridades, pero todavía existía la posibilidad de  
que usase algunos de los conjuros y fórmulas contra nosotros. Y sabíamos que usted lo encontraría. De  
modo que fue necesario recobrar el material y eliminarlo.

El calor frío estaba por todas partes. Mark sentía un hormigueo en la cabeza y en los hombros.

-¿Por qué estoy aquí? -dijo.

El negro se inclinó hacia delante.

-Le dije que la antigua mujer de Albert Keith se vio implicada en el intento de destruir Cthulhu, Pero  
después de que eso sucediera fue capturada y llevada adonde el Diablo esperaba. Aquella noche cayeron las  
bombas sobre la isla de Pascua y ni siquiera el Gran Cthulhu pudo oponerse a las fuerzas que lo  
desintegraron.

-¿Entonces murió?

-Sólo dos escaparon: la mujer llamada Kay Keith y yo. En secreto la traje a un lugar seguro que había sido preparado y velé por ella hasta que llegó el momento. Murió durante el parto, como se esperaba. Pero

Mark frunció el ceño.

-La unión fue consumada antes que llegaran las bombas. -El hombre negro miraba desde detrás del rayo ardiente de luz helada-. Un hombre llamado Heisinger se hizo cargo de la herencia de Keith. Él tenía un sobrino, y a través de él se hicieron los arreglos para que el niño se criara como adoptado de un orfanato, hasta que llegara el momento. De esa forma, la semilla del Gran Cthulhu sobrevive. Nadie sospechó y el niño menos que nadie. -El hombre negro sonrió a Mark-. Y tú no sospechaste nunca -dijo.

Mark intentó entonces levantarse, pero la caja apuntaba hacia él manteniéndolo indefenso y paralizado con una columna de luz pálida. El grito murió en su garganta y sólo pudo mirar; mirar el rayo que bañaba su cuerpo y quemaba su cerebro.

La semilla del Gran Cthulhu sobrevivía. Herencia genética. No era extraño que no se hubiese ahogado en aquella piscina. Los dolores y la dificultad para respirar, eran parte de un proceso de mutación, una metamorfosis hacia una forma que pudiera sobrevivir bajo el mar o remontarse a las estrellas. Ese cambio todavía no estaba completo. *Pero la luz transforma...*

Mirando el cristal negro detrás del rayo, parecía que fuera un espejo en el cual se veía a sí mismo reflejado, bañado por un túnel resplandeciente.

Y ahora, en algún lugar de su cavidad cerebral, una aguja de luz atravesaba el puente<sup>27</sup>, penetrando en el *locus coeruleus*.

Su imagen se borraba, fluctuaba; los miembros fundiéndose, después multiplicándose, brotando y extendiéndose a partir de un cuerpo expansible, sin cara, en el cual la simple mortalidad se confundía paulatinamente con una gran apariencia de gigantesca divinidad. Ahora no sentía ningún dolor, sólo latidos y fuerza, orgullo y poder.

No está muerto aquel que eternamente puede yacer y el tiempo de los extraños eones ha llegado. Las estrellas estaban en el lugar correcto, las puertas estaban abiertas, los mares poblados de multitudes inmortales y la tierra se rendía a su perpetuidad.

Pronto descenderían desde el vacío los alados de Yuggoth y volverían los Diablos, Azathoth y Yog-Sothoth, cuyo sacerdote era él. Vendrían a la oscura Leng y Kadath, en los continentes que emergían transformándose, de la misma forma que se transformaba él.

Cuando se movió, las paredes que lo rodeaban se astillaron y cayeron.

Respiraba, y Nyarlathotep se desvaneció en la nada, levándose el pequeño juguete que era el Trapezohedron.

Se agitó y las aguas se levantaron, bullendo y revolviéndose.

Él se alzó y los monstruos temblaron, hundiéndose en el mar.

El tiempo se paró.

Y el Gran Cthulhu saltó al mundo para empezar su reinado eterno.

Robert Bloch: *EL HORROR QUE NOS ACECHA*

Título original: *STRANGE EONS* (1979)

Versión española: PILAR ALBA

Colección Acervo Terror, 1983. Ediciones Acervo

Scan por J. M. C. Junio 2001

---

<sup>27</sup> N. del T.: Se refiere al puente de Varolio (anatomía).